

**“La hora en que el juez se levanta en la plaza pensando en su cena tras haber
sentenciado disputas”: Odiseo, don Illán y Sancho¹**

José Manuel Pedrosa
(Universidad de Alcalá)

Para Fernando Rodríguez de la Flor

Lloraba a causa de su impotencia, de su terrible soledad, de la crueldad de la gente, de la crueldad de Dios, de la ausencia de Dios.

“¿Por qué has hecho Tú esto? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué, dime, por qué me atormentas tan atrocemente?”.

Aunque no esperaba respuesta lloraba porque no ha había ni podía haberla. El dolor volvió a agudizarse, pero él no se movió ni llamó a nadie. Se dijo: “¡Hala, sigue! ¡Dame otro golpe! ¿Pero con qué fin? ¿Yo qué te he hecho? ¿De qué sirve esto?” (Tolstoi).²

¿Comedia o tragedia? ¿Risa carnavalesca o circo sacrificial?

La interpretación que prevalece del *Quijote* cervantino, con el extenso y complejo episodio de Sancho en Barataria incluido, es la de que se trata —no haré el recuento aquí de la bibliografía crítica que lo apoya, que sería inacabable— de una obra en esencia cómica, carnavalesca, cuya intención y cuyos méritos más esenciales son los de desatar la risa del lector. Suele concederse que se trata, al mismo tiempo, de un fresco satírico, paródico, sarcástico incluso, de la sociedad y también de las convenciones literarias de la época, lo que induciría algún rictus de amargura, alguna ambigüedad desasosegante en esa risa que casi universalmente suscita, y que no sería por tanto ni incondicional ni inocente. La risa carnavalesca no puede ser, de hecho, ni pura ni luminosa como la de un niño, ni puede dejar de tener un doble fondo conflictivo y sombrío, si se asume que el carnaval es, antes que ninguna otra cosa, inversión y crítica del orden social opresor. La risa carnavalesca es, por eso, la risa del resentimiento.

Aun así, etiquetas que casi ningún crítico suele aplicar de manera abierta o directa al *Quijote* son la de “drama” y —menos aún— la de “tragedia”. Somos una minoría exigua aquellos que creemos que los protagonistas de la obra maestra cervantina son mucho más dignos de conmiseración que de risa, y que lo que en la mayoría de los receptores causa diversión y regocijo es la contemplación, en un circo brutal, de una violencia que nace del espectáculo de la vejación pública de un anciano demente y de un aldeano ingenuo y fuera de su lugar.

El *Quijote* me parece que es un teatro sacrificial de lo viejo y feo, de lo pasado de moda y lo fuera de lugar —la ancianidad, la enfermedad, la tradición, la memoria, el campo— perpetrado por los adelantados de una modernidad que ni siquiera se sabían adelantados de nada. La sociedad que refleja es a mi modo de ver, por su falta de norte y de horizontes y por los malos gobiernos que en todos los niveles padecía, una sociedad que no sabía gestionar sin incurrir en la contradicción ni en la barbarie sus ansias de *lustración* (*lustrar* es, según el *DRAE*, un ‘dicho de los gentiles’ que significa ‘purificar, purgar con sacrificios, ritos y ceremonias las cosas que se creían impuras’); y un ecosistema estéril que repudiaba las representaciones de lo que había sido pero no

¹ Agradezco su ayuda y orientación a Carolina Ibor Monesma, Raül Sanchis Francés, José Luis Garrosa, Óscar Abenójar y Francisco Ramírez Santacruz.

² Tolstoi (2001: 76).

sabía avanzar hacia modos mejores de ser. De lo único que se mostraban capaces sus miembros era de reírse y ultrajar —con la honrosa salvedad, claro, del círculo de los familiares y amigos de Alonso Quijano y de Sancho— a quienes les recordaban aquello a lo que no quería parecerse.

Lo que estaría por determinar es —aunque a mí me parece que la respuesta es obvia y no demasiado confortable ni edificante— si el lector que se ríe hoy, con la novela en la mano, de las torpezas de don Quijote y de Sancho no estará asumiendo y solidarizándose con los puntos de vista y con las risas del coro de los que, desde dentro, se rieron —atrozmente— de los quebrantos de don Quijote y Sancho.

Una parte de la responsabilidad de esa generalizada interpretación carnavalesca, que atenúa las aristas y los conflictos soterrados por la vía de destacar el lado de lo risible, creo que se halla en conexión con el modo en que ha operado mayormente la crítica, al menos la de sesgo más filológico, en lo que respecta a esta y al resto de nuestras literaturas: coleccionando fuentes, cercanas y lejanas; y con más que mediano éxito, si juzgamos por la enorme cantidad y calidad de las notas a las ediciones y de los ensayos notabilísimos que la erudición cervantina ha ido acumulando con el paso de los siglos. Un resultado que no debe extrañar, porque ese coleccionismo, que se construye trazando en esencia una línea entre el texto-modelo y el texto-imagen es algo parecido a una caza relativamente garantizada, con premio asequible si se ejecuta con buena visión y con firmeza de pulso.

El peso y el prestigio que en la disciplina filológica ha tenido y sigue teniendo la estrategia de dibujar líneas entre las fuentes y sus reflejos —o, si se quiere, de desentrañar indicios de mimesis, intertextualidad, influencia—; y también, aunque en menor medida —puesto que el trazar la línea hacia el pasado sigue siendo lo más reputado— la de descubrir descendientes, retoños, ecos (llámese, si se quiere, estudiar la recepción), reunir textos análogos (desentrañar paralelos), encontrar elementos inversos (detectar ironías, sátiras, parodias), identificar tropos (enlazar con símbolos, metáforas, alegorías), son valores que siguen otorgando sellos de excelencia filológica y constituyéndose en fines en sí mismos. El buen filólogo-coleccionista recibe por lo general su premio, en forma de reconocimiento por parte del gremio, de modo parecido a como el perro recibe su galleta cuando al final se hace con la pelota: la aritmética que relaciona la acción de trazar líneas razonables entre textos que se parecen el uno al otro y el reconocimiento gremial subsiguiente —que aumenta si la línea sola se convierte en haz o en árbol de líneas— contribuye a hacer de la crítica filológica un oficio más amable y previsible, menos aventurado y conflictivo de lo que pudiera ser; y también, creo, más propenso a proyectar complacencias y simplificaciones y a pasar por alto los nudos más intrincados, las fallas más escabrosas y las disparidades, cuando las hay, de las materias y categorías a las que son adscribibles las realidades que somete a comparación.

Es difícil encajar o combinar con esa metodología lineal, cómodamente cronológica, positivista y posibilista, diseñada en alguna medida para dar un satisfactorio cauce de expresión al crítico —porque a nuestros egos les encanta *descubrir* una pieza antes incógnita de la cadena de la tradición, y que nos lo reconozcan—, enfoques más o menos alternativos.

Por enfoques más o menos alternativos, menos dependientes de líneas rectas y más semejantes a brochazos abstractos, cuyas salpicaduras pueden alcanzar muy lejos y confundirse o solaparse con otras, entiendo —pondré aquí muy pocos ejemplos— la equiparación de las malandanzas de Sancho en Barataria con los pasos torpes de los humanos controlados por pastores divinos que imaginó Platón en su diálogo el *Político*

(Sloterdijk llamó *parque humano* a tales espacios de vigilancia y apaciguamiento)³; o con la opresión de la masa informe que aúlla, empuja, aplasta al individuo que ha de saber valerse por sí mismo o resignarse a ser borrado del mundo, según dedujo con angustia y genialidad Elias Canetti;⁴ o con la alegoría del hombre-títere sobre la que muchísimos pesimistas, antes y después de Ernesto Sábato,⁵ han teorizado; o con la reclusión de los locos y de los presos en recintos panópticos sometidos a supervisiones incansables, como los que en *Vigilar y castigar* consideró Foucault;⁶ o con el falaz ensimismamiento de quienes son (somos) o viven (vivimos) en lo que Dostoievski, en sus *Memorias del subsuelo* (1864), acuñó como la imagen del *palacio de cristal*, un espacio de ¿feliz? o ilusa reclusión sobre la que el mismo Sloterdijk se explayaría en *En el mundo interior del capital*;⁷ o con la creencia optimista en el advenimiento de la *imparcialidad*, una noción filosófica que está teniendo un papel muy relevante en la hermenéutica de la civilización moderna⁸ y de la que Sancho, el gobernador-juez que se destapó como honesto e infalible —seguramente más que cualquier gobernante que, empezando por arriba, hubiera en la España de la época—, podría ser figura adelantada y destacada, pese a sus injustos derrota y desahucio.

Cierto es que tampoco pueden desprenderse todas estas abstracciones, que he dejado —acogiéndome a un muy ampliable elenco de autoridades— muy fugazmente apuntadas, de la inevitable línea de la historia, dado que Platón, Dostoievski o Foucault fueron sujetos históricos y que sus pensamientos brotaron de momentos puntuales de la historia. Pero no es la línea historiográfica su eje vertebrador principal: son las afinidades en los modos de administración del poder, en la angustia de pender de un hilo movido por otros, en la conciencia de las infalibles humillación y derrota, las que suscitan reminiscencias y asociaciones entre esos discursos, ideas y realidades hechos de materias, cualidades, categorías disímiles, cuya dispersión puede llegar a parecer arbitraria o caótica.

La movilización de referentes y trasfondos mayormente ideológicos, éticos, filosóficos, políticos, cuyas lecciones se hace preciso adivinar por el sabor que da su disolución en un caldo en que el de la risa se mezcla con los sabores del conflicto, la impotencia, el pesimismo, no se acoge a una dinámica análoga a la del confortable ejercicio del suma y sigue de fuentes y paralelos nítidamente alineados en una secuencia historiográfica (más que histórica) que tanto predicamento tiene entre los filólogos.

Ello no supone censura general del método más filológico. Aunque la estrategia de definir los contornos de la tradición de una obra literaria escudriñando hacia atrás, hacia adelante o hacia los lados, o volviendo del revés (hacia la parodia) o mirando a las entrañas (a la metáfora), sea una rutina ya escasamente original, cuyo mecanismo viene de los albores de la reflexión filológica, se trata de un procedimiento que tiene medianamente garantizado, si el filólogo es competente, el resultado; es, de hecho, estrategia que ha permitido vertebrar la historiografía literaria tal y como la conocemos, allegar repertorios de conocimientos colosales acerca de nuestra herencia literaria y cultural y alumbrar títulos gloriosos de la crítica. Todos invertimos la mayor parte de las energías que dedicamos a la investigación en intentar sumar nuevos eslabones a la cadena de la tradición; más, probablemente, que a la incomodidad de mirar más allá de

³ Sloterdijk (1999); traducción: Sloterdijk (2000).

⁴ Canetti (1960); traducción: Canetti (2002).

⁵ Sábato (2002, 40-42).

⁶ Foucault (1975); traducción: Foucault (1976).

⁷ Sloterdijk (2005); traducción: Sloterdijk (2007).

⁸ La bibliografía acerca de la noción de imparcialidad es inmensa. Un excelente y actualizado título de síntesis es *The Emergence of Impartiality* (2014).

los confines bien señalizados, o de reflexionar acerca de los huecos que quedan mirando a espacios incógnitos.

Con todo y con eso, la identificación de la investigación filológica y de la investigación de fuentes y tradiciones directas, contiguas o cercanas, y de cualidades y categorías homologables, es posible que sea, ante una obra de la densidad filosófica descomunal del *Quijote*, una estrategia práctica para alcanzar determinados objetivos y pobre o insuficiente para conseguir otros. En este ensayo intentaré poner a prueba algunos de sus mecanismos y alcances; y tantear, a continuación, las posibilidades de otros modos de comparar.

De reinos burlescos en pueblos de Aragón y de fuentes literarias presuntas de Barataria

Mi propósito es, conforme a lo dicho, proponer que el lector sea testigo, en una primera fase, de un ritual muy *lineal*, es decir, muy nítido, ordenado y enfocado —y de ahí que destile también amabilidad, vistosidad, capacidad de convicción—, de *descubrimiento* de nuevas fuentes etnográficas aragonesas del episodio del gobierno de Sancho en el lugar aragonés de Barataria; y de confirmación —si se tienen en cuenta solamente los solapamientos en lo histórico, lo geográfico-local, lo festivo-ritual— de la dimensión más cercana a lo risible y lo carnalesco del relato. En los capítulos que seguirán a estos primeros, esa apretada y cómoda complicidad geográfico-temporal-ritual se verá truncada; en su lugar nos veremos impulsados a escrutar, con harta más incomodidad, relaciones menos explícitas y homologables, y la línea prácticamente recta que en el principio atestigüemos acabará hecha pedazos y señalando en direcciones dispersas; el orden metodológico se embrollará, la claridad se tornará en penumbras y las certezas en dudas. El contraste entre los rectilíneos capítulos iniciales y los capítulos tensados por flechas centrífugas, centrípetas, discontinuas, latentes que seguirán espero que sea, al menos, aleccionador.

Hay que advertir que si el primer ejercicio que haremos no podrá menos que resultar convincente es porque el punto de comparación con respecto a las andanzas de Sancho en Barataria que he seleccionado cumple con los requisitos de calidad, novedad y coherencia que podría exigir a las fuentes recién allegadas el tribunal crítico más exigente. Los dos extremos que someteremos a comparación parecerá, de hecho, que están unidos por una línea recta inapelable, y que encajan como una mano dentro de su guante. El mérito no es, desde luego, mío: es de la etnógrafa aragonesa Carolina Ibor Monesma y de un ensayo acerca de las fiestas de los *reinados* burlescos del pueblo de Miravete de la Sierra (Teruel) y de otros lugares de Aragón que, nada más ser publicado por ella en este mismo año de 2019 en que escribo, ha ingresado en el repositorio, creo, de los mejores trabajos de etnografía que han visto la luz en España en los últimos años.

La cita es extensa, pero merece la pena su lectura sin interrupción;⁹ bastante ha perdido ya al ser privada de las interesantísimas fotografías acompañantes y del resto del artículo, que, por suerte, se halla accesible en internet. Para mejor empezar a calibrar su relevancia, baste decir que al cabo de varios siglos de acumulación de erudiciones cervantinas —y han sido muchos los críticos que, sin ser expertos en etnografía, han insistido en la comparación del episodio de Barataria con las fiestas rústicas de autoridades carnalescas—, en las informaciones de etnografía aragonesa que vamos a

⁹ La tomo de Ibor Monesma (2019, 21-25). Al cierre ya de este artículo me llega, por gentileza de su autor, el fabuloso apartado 8.1.1. de Sanchis Francés (2019, 501-520) lleno de informaciones trascendentales acerca de las fiestas de autoridades burlescas, que aprovecharé, espero, en próximos acercamientos a la cuestión.

conocer se halla contenida la información que mejor casa o cuadra con las andanzas de Sancho en aquel “lugar de hasta mil vecinos” (II, 45, 991), “en la mitad del reino de Aragón” (II, 48, 1018), que conocemos por Barataria:

Sobre reyes y reinados.

Como ya señalamos en su día,¹⁰ el término *reinao* está relacionado con las autoridades fingidas, la transgresión, inversión de poderes y de papeles sociales, propios del ciclo festivo de carnaval, que se extendería al menos desde diciembre hasta las fechas del carnaval propiamente dicho. No en vano varios *reinaos* de la zona se interpretaban para la fiesta de San Antón (17 de enero) que cae de lleno en ese ciclo: *en pasar San Antón, Carrastolendas son*.

Evidentemente, estas fechas no encajan en el caso de Miravete, pero bien pudo haberse producido en su día un desplazamiento en la fiesta o acaso en la denominación, extendiéndose el nombre de *reinao* a otros bailes de estas características.

Con respecto a las autoridades fingidas, en Pitarque, Montoro o Mirambel recibía el nombre de *rey* el primero de los mayores de San Antón. Y en La Cuba lo hacía el mayoral de los mozos, aunque aquí no se recuerda la denominación *reinao* para un baile. El *rey* de Montoro se tocaba con una corona de cartón reluciente con la que participaba en todos los actos. El de Mirambel aparecía en la *Santantonada* provisto de cetro, capa y corona.¹¹ El de La Cuba se tocaba con corona real para leer unas *Relaciones* a los recién casados cuando salían de la iglesia.¹² Máxima Oliver en su descripción del baile del *Reinao* en esta zona (“partido” [judicial] de Castellote”), señala “creo que el bailaror llevaba una mitra o cono de cartón”.¹³ Y no olvidemos que no deja de ser disfraz la vestimenta anacrónica de las bailadoras, con sayas y mantones. Por otra parte, en Montoro, durante la procesión de la fiesta, acompañaba a San Antón un hombre portando *la galabarda*, una alabarda decorada con una manzana, un *rollo* (roscón) y un pañuelo, lo cual nos recuerda la tradición de las soldadescas.

Estas figuras y distintivos reales las encontramos asimismo en otros pueblos de comarcas vecinas. Por ejemplo, en Esteruel, por San Antón no solo hay *rey*, sino también *conde*, *procurador* y cuatro *mayorales* que los asisten. Los tres cargos principales se cubren con capas y con sombreros adornados a base de estrellas, cintas y plumas de gallo respectivamente. Cargos similares los encontramos en varios pueblos de esa zona. En Cuevas de Almudén, también por San Antón, *mayor*, *rey*, *conde*, *menor* o *chiquico*;¹⁴ en Hinojosa de Jarque, para la fiesta de San Fabián y San Sebastián (20 de enero), dos *clavarios mayores* y dos *menores*, llamados *rey*, *conde*, *naranja* y *sacalastodas* respectivamente.¹⁵ De nuevo Máxima Oliver cuenta que en Palomar (de Arroyos, supongo) en el baile del *Reinao* “salen un rey y un conde con coronas”, además hay una reina, supongo que también condesa y añade Oliver que el baile lo rige un bufón que ordena que cese con una escoba.¹⁶

De estas prácticas da cuenta, en 1745, un edicto del obispo de Teruel que condena y prohíbe una serie de “bayles”, en particular “los bailes nocturnos llamados “Reynados” o “Juego de Rey y Reina”, que considera un sacrilegio y a la vez una amenaza para la honestidad pública, dado que a menudo se celebraban por la noche, con la escasa luz de unos candiles o de una hoguera. Dice el obispo:

¹⁰ Ibor Monesma y Escolano Gracia (2003, 200-204).

¹¹ Altaba Escorihuela (1987, 199).

¹² Reyes y condes no son las únicas autoridades fingidas y burlescas en la comarca: los mozos de Tronchón, para su fiesta de San Lamberto (27 de diciembre) también suplantaban a las autoridades civiles y eclesiásticas del pueblo en lo que se denominaba *La Inocentada*: el mayoral de los mozos era nombrado *alcalde mayor* y los demás se asignaban los cargos de *alcalde segundo*, *secretario*, *alguacil*, *cura*, *monaguillos*, *sacristán*... Todos tenían un cargo, desde el alcalde hasta el *rastrasillas* (arrastrasillas); tomaban el pueblo y hasta la iglesia entrometiéndose en la celebración de las vísperas. Véase Ibor y Escolano, *El Maestrazgo turolense*, pp. 56-58. Dicho sea de paso, el término *rey* y *conde*, también se usaban para designar a los capataces de las cuadrillas de segadores; Ibor y Escolano (2003, 40 y ss., 101, 200-204); Arnaudás Larrodé (1981, 165).

¹³ Pérez García-Oliver (2009, 188).

¹⁴ Sánchez Sanz (1981, 117).

¹⁵ Según testimonio de Santiago de Pedro Jarque (n. 1921 en Hinojosa) y Lucía Herrera Escorihuela (n. 1927 en Rosario, Argentina)

¹⁶ Pérez García-Oliver (2009, 188).

A estos bayles públicos llamaban Reynados, porque se elegían Rey y Reyna de entre los cofrades de las Cofradías de la Iglesia del pueblo, y estos reyes eran recibidos a las puertas del Templo por los rectores y clerecías, sirviéndoles el agua bendita y acompañándoles hasta su asiento, que en algunas poblaciones era preferente al del Alcalde, que lleva la vara de V. M., en otras igual y en otras entre las Justicias, a lo que retengo en mi memoria [...] Y mandamos que ninguna cofradía pueda nombrar ni permitir a sus Cofrades y Cofradesas que acepten el nombramiento de Rey, Reyna, Duque o Conde, Duquesa o Condesa, Mayordomo o Mayordoma del Reynado (a quienes por los nombres más propios de su oficio llaman, a saber: al Mayordomo, Sácalastodas, y a la Mayordoma, Sácalostodos, que quiere dezir al Bayle)... Y assimismo no puedan los dichos Reyes o Emperadores de Juego de Reynado entrar en la iglesia con la mogiganga de corona de papel o de otro material en el sombrero o en la cabeza, ni el Duque o Conde con la del plumaje, ni el Mayordomo con disfraz, ni con alguna insignia de tales oficios, ni estos oficiales burlescos puedan sentarse juntos en la Iglesia en figura de Comunidad o cuerpo separado...”.¹⁷

Continúa el edicto con prohibiciones similares para las “cofradesas” y para los clérigos que consienten y participan en esta farsa y abomina asimismo del “Gaytero” que acompaña estos bailes.¹⁸

El edicto en cuestión se promulgó como confirmación de otro anterior, de 1733. Precisamente porque desobedecieron este último, tenemos noticia de la celebración del *reinado* de San Antonio Abad en Camañas, con nombramiento de “Rey, Reina, Brazo primero y segundo”, con baile nocturno para la elección de los entrantes y acompañar a su casa a los salientes, con asistencia del párroco y las autoridades locales¹⁹... Está visto que las sucesivas prohibiciones no debieron de surtir gran efecto, pues hasta nosotros han llegado los bailes, los cargos, la “mojiganga de corona de papel”, etc. El propio obispo, señala en 1745 que este baile o juego “de muy anteriores siglos está prohibido”.²⁰

Desde luego no se trata de una práctica exclusiva de Teruel. La tradición nos ha legado juegos y nombramientos de rey y reina por toda la geografía, no solo española: existen otros ejemplos europeos y, por supuesto, latinoamericanos relacionados también con las cofradías. En todo caso, deben ser contemplados como ejemplos particulares de esas “autoridades burlescas” del ciclo de carnaval y en particular de las “fiestas de locos”,²¹ ya sean reyes, obispillos, ayuntamientos... Sin salir de Aragón, en algunas localidades de las zaragozanas Cinco Villas recibe el nombre de *reinao* un sorteo que se realiza la víspera de Reyes (6 de enero) y en el que se forman parejas entre los mozos y mozas del lugar; los miembros de una de estas parejas recibían el título de rey y reina respectivamente y debían presidir el baile de la tarde²². Recordemos asimismo a los reyes de la Mojiganga en Graus, que celebran su “audiencia” a los distintos gremios en fechas algo más tempranas: a mediados de septiembre. Salvando las distancias, podríamos establecer cierto paralelismo entre estas figuras y las actuales reinas de las fiestas.

Caro Baroja²³ ofrece abundantes ejemplos de autoridades falsarias, en particular de los reyes elegidos hacia la Navidad o durante la Epifanía (Navarra, País Vasco, Castilla, León...) y de las fiestas de “Reinado”, relacionadas con asociaciones de mozos, que es como llegaron hasta el s. XX en las provincias de Soria y Burgos.²⁴ Por su parte, el *Costumari* de Joan Amades muestra de forma dispersa las figuras de los reyes fingidos en diversas localidades catalanas.²⁵

¹⁷ Tomado de Camps Cazorla (1927).

¹⁸ Camps Cazorla (1927, 138).

¹⁹ Latorre Ciria (2005, 359).

²⁰ Camps Cazorla (1927, 138).

²¹ Monferrer i Monfort (1996).

²² Bajén García y Gros Herrero (1994, 142-144).

²³ Caro Baroja (1979, 303-344).

²⁴ Precisamente sobre los *Reinados* en la provincia de Soria versa la tesis doctoral de Arroyo San Teófilo (2018). Puede consultarse también Álvarez Cárcamo (2015).

²⁵ Amades (1982).

Àlvar Monferrer proporciona a su vez ejemplos en el País Valenciano de *reyes, reinas, reinats, reis motxos, reyes pájaro, virreyes, virreinas...* entre diversas autoridades fingidas o “fiestas de locos” a partir de fuentes históricas o etnográficas.²⁶ La referencia más antigua es la del *Rei moxo* de Culla, que aparece en una anotación de gastos del año 1400.²⁷

Se conoce documentalmente la existencia de los *reinados*, sobre todo como asociaciones juveniles y con actividad más intensa en torno a las fiestas de Navidad, en la época bajomedieval. M.^a Carmen García Herrero²⁸ reúne interesantes referencias de distintos puntos de la geografía peninsular, la más antigua corresponde a la localidad de Clavijo (La Rioja), con su *rey pájaro*, en 1219; y en particular ofrece ejemplos aragoneses, comenzando por el *rey pájaro* de Trasmoz en 1355. En los casos aragoneses estas hermandades juveniles son denominadas en esa época *mandas, reales, reinados, mancebías, condados, juegos...* Con su *rey pájaro*, o *rey a secas*, sus *condes, caballeros, mayores...* Contrataban juglares, organizaban fiestas (concentradas especialmente en el ciclo de invierno), albadas o *roldas*, celebraban bailes los domingos, para las bodas e incluso para las misas nuevas... García Herrero muestra que, lejos de tratarse de fenómenos marginales o subversivos, fueron instituciones plenamente aprobadas y respaldadas por las autoridades, quienes llegan a redactar sus estatutos y nombrar sus cargos, pues estas instituciones, además de un espacio de diversión y sociabilidad, constituían una forma de control ante los posibles desmanes juveniles y hasta de aprendizaje vital.²⁹

Me llama la atención que en los estatutos de *El Real* de Anento (1583) se indica que corresponde al *rey* el privilegio de abrir el baile: ningún mozo debe bailar antes que él,³⁰ tal como sucede en los *reinaos* y similares que nos ha legado la tradición. La existencia en Mirambel de estas “figuras reales” a finales del s. XV queda reflejada en las cuentas de su concejo:³¹ se habla del *rey de Nadal* y de *mayorales del real*, que lo había de solteros y también de casados, y parece que el concejo sufraga algunos gastos (por eso tenemos noticia en sus cuentas), en particular la compra de calzas.³²

¿El mayor engaño y el mayor engañador del mundo?

Las informaciones etnográficas que nos traslada el artículo —con mezcla de sus observaciones personales de campo y de un conocimiento exhaustivo del territorio y de la bibliografía que ha generado— de Carolina Ibor Monesma resultan tan nuevas para nosotros, tan caudalosas y poliédricas, que no es posible asimilarlas ni despacharlas en unos cuantos párrafos. Mientras llega el momento en que me sea posible volver, en un ensayo monográfico, a la conexión de las aventuras de Sancho en Barataria con fiestas de aldeanos metamorfoseados en reyes y en aristócratas de pega, adelantaré que algunas de sus lecciones apuntan en direcciones que nos traerán luces por un lado, y dudas e incertezas por el otro.

En lo que a las primeras se refiere, la proyección de esta información tan profusa y enfocada en el solar aragonés viene no solo a reforzar lo que toda la crítica dio por hecho desde siempre: que el gobierno de Sancho en Barataria era fábula ahormada sobre el modelo ritual e ideológico de las fiestas de autoridades burlescas que debían estar vivas en el campo español desde tiempo inmemorial; algo que confirma el documento de 1745 —rescatado por Camps Cazorla y reproducido por Ibor Monesma— que

²⁶ Monferrer i Monfort (1996).

²⁷ Monferrer i Monfort (1996, 53).

²⁸ García Herrero (2018, 151 y ss).

²⁹ García Herrero, (2018, 164-167, 172).

³⁰ García Herrero (2018, 175). García Herrero toma la información proporcionada por Mateo Royo (1996, 131-144).

³¹ Navarro Espinach (2008).

³² Navarro Espinach (2008). Aparecen estas anotaciones en varias entradas: [13], [217], [224], [337], [672] [858], [1600], [1724]...

informaba de que aquel baile o juego “de muy anteriores siglos está prohibido”. Ello avala no solo su antigüedad y su tradicionalidad, sino también su dimensión conflictiva, que debía de entrar de alguna manera en colisión con el dogma político, ideológico, religioso incluso. No sabemos, por desgracia, los detalles de la pugna, que por lo que sabemos tendría picos de censura y treguas de negociación y tolerancia, y que debió de implicar durante siglos al pueblo y a las autoridades e instituciones. Pero la sola constatación de que hubo de lo uno y de lo otro nos indica que la farsa que montó Cervantes en el corazón mismo de la Segunda Parte del *Quijote* pudo ser un juego de riesgo, que caminaría por el filo de lo ambiguo y quizás de lo sospechoso y podría responder a motivaciones y llamar a lecturas ideológicas audaces o heterodoxas.

El trazo, ahora excelentemente documentado, que une la aventura aragonesa de Sancho y las fiestas aragonesas de autoridades burlescas resulta coherente y persuasivo. Aunque ello no sea sinónimo, ni mucho menos, de que revele conexiones seguras, cabe suponer que la ciencia filológica convencional no pondría objeciones a su convalidación. Ello nos autoriza a celebrar la *revelación* de una nueva fuente, de un nuevo factor de suma positiva, expansiva, optimista en la cadena de la tradición, y un nuevo trofeo en la cuenta de nuestra disciplina filológica.

La opción distinta, que no es desde luego descabellada, de que Cervantes hubiese podido ser testigo de fiestas de aquella especie en pueblos que no fuesen de Aragón, puesto que estarían implantadas en toda España, e incluso la de que hubiese podido conocerlas en lugares varios —puestos a soñar, quién sabe si no habría sido actor en alguna de ellas— queda debilitada por la eventual riqueza de la documentación aragonesa con que contamos ahora, y por lo cómodo y tentador que resulta enlazar los polos cercanos de la Barataria aragonesa y de las fiestas aragonesas de autoridades burlescas.

Las lecciones que, aun sacadas de las mismas fuentes etnográficas, apuntarían en la dirección de las dudas e incertidumbres, o de los horizontes que precisarían ser muy ampliados, puede que sean más interesantes que las que, como las precedentes, nos procuraban contigüidades y certezas. En efecto, cuando Carolina Ibor Monesma nos informa de que en la Mojiganga de Graus (Huesca) era costumbre que los reyes burlescos concediesen “audiencia” a los distintos gremios, nos está proporcionando información susceptible de ser comparada con las audiencias que concedió Sancho a una serie de individuos, la mayor parte pleiteantes y representantes de oficios y condiciones varios, en las jornadas en que fue gobernador en Barataria. Pero la línea queda trunca: ¿cómo averiguar más acerca del largo pasado que tendrían las “audiencias” de Graus y lo que se dirimiría en ellas? ¿Cómo situar esos hitos y el de Sancho en Barataria en un mapa más amplio y comprensivo?

Informados quedamos además, gracias a la documentación recién allegada, de que los términos “*rey* y *conde* también se usaban para designar a los capataces de las cuadrillas de segadores”; ello ensancha y complica la base sociológica e ideológica del ritual, que creíamos nítidamente circunscrito a tiempos y espacios festivos muy acotados; y lo abre a sujetos, ocasiones y relaciones de mucha mayor dispersión, que operaban además en el marco de los trabajos cotidianos, que son lo contrario de las fiestas que abrían un paréntesis de excepción en la línea del tiempo comunitario. Una complicación metodológica en toda regla, con líneas que se salen de los confines previstos. Su análisis más en detalle lo aplazaremos para otra ocasión.

Pero lo que introduce un elemento perturbador mayor en la hermenéutica del *Quijote* es lo que nos traslada el edicto firmado en 1745 por el obispo de Teruel, exhumado por Camps Cazorla y reproducido por Ibor Monesma, acerca de los

“Duques”, “Duquesas” y “Mayordomos” que solían ser oficiantes de aquellos tradicionales complejos festivos:

Y mandamos que ninguna cofradía pueda nombrar ni permitir a sus Cofrades y Cofradesas que acepten el nombramiento de Rey, Reyna, *Duque* o Conde, *Duquesa* o Condesa, *Mayordomo* o *Mayordoma* del Reynado (a quienes por los nombres más propios de su oficio llaman, a saber: al *Mayordomo*, Sácalastodas, y a la *Mayordoma*, Sácalostodos, que quiere dezir al Bayle)... Y assimismo no puedan los dichos Reyes o Emperadores de Juego de Reynado entrar en la iglesia con la mogiganga de corona de papel o de otro material en el sombrero o en la cabeza, ni *el Duque* o Conde con la del plumaje, ni el *Mayordomo con disfraz*, ni con alguna insignia de tales oficios, ni estos oficiales burlescos puedan sentarse juntos en la Iglesia en figura de Comunidad o cuerpo separado...³³

Permítaseme, al hilo de estos “Mayordomos” y “Mayordomas” enmascarados, con nombres desatinados y papeles al parecer tan llamativos dentro de las inmemoriales fiestas de locos del viejo Aragón, apuntar que el narrador del *Quijote* nos informa de que “tenía un mayordomo el duque *de muy burlesco y desenfadado ingenio*” (II, 36, 929); se habla además de “un mayordomo del duque, *muy discreto y muy gracioso* — que no puede haber gracia donde no hay discreción—” (II, 44, 980). Son epítetos que desconciertan, porque de los mayordomos se esperaba más bien seriedad y circunspección, y era a los bufones a quienes se pedían habilidades burlescas, ingenios desenfadados y profusión de gracias. Mientras llega el trabajo futuro en que espero ampliar el análisis de las relaciones entre los episodios “ducales” de la Segunda Parte del *Quijote* y las fiestas populares de autoridades burlescas, con aporte de mucha más amplia documentación, puede venir bien saber que los mayordomos y las mayordomas han sido durante siglos figuras de relieve en las cofradías serias y en las cofradías carnalescas de un sinfín de pueblos, de Aragón y de otras partes.

Y algo más y que puede dar pie a no poca reflexión: había cofradías y asociaciones serias y cómicas tanto de hombres como de mujeres, y en el período de la fiesta carnalesca las mujeres, con las mayordomas incluidas, bien dispuestas siempre para la agresión con burlas y escarnios contra los varones, podían llegar a desempeñar papeles cruciales. No hay que perder de vista la posibilidad de que las féminas aparatosamente disfrazadas y de nombres descabellados —desde la condesa Trifaldi hasta Altisidora o la dueña doña Rodríguez— que en los dominios de los duques se ensañaron sobre todo con don Quijote fuesen, pues, máscaras de la estirpe de aquellas “Mayordomas Sácalastodas” que debían de hacer diabluras a costa de los hombres en las fiestas de locos aragonesas.

Pero esa es harina, por ahora, de otro costal. El que tengamos documentadas en el Aragón viejo y rústico fiestas de locos con protagonismo de “Duques”, “Duquesas” y “Mayordomos” no de verdad sino de burlas —aldeanos disfrazados en medio de otros aldeanos disfrazados, miembros como todos los demás de cofradías y comparsas a los que les había tocado vestir aquellos concretos disfraces— es algo que puede sacar literalmente de sus quicios el modo en que durante cinco siglos hemos interpretado los lectores y los críticos los episodios centrales de la Segunda Parte del *Quijote*.

Porque si se abren grietas en la lectura convencional y en la percepción universal de que el duque y la duquesa eran aristócratas de verdad, que dieron (falaz e indigna) hospitalidad a don Quijote y a Sancho para reírse de las torpezas y desventuras de dos infelices subordinados en la escala social —esa sería la interpretación que se derivaría de la lectura literal de la obra de Cervantes, según fue urdida y controlada por el

³³ Tomado de Camps Cazorla (1927).

narrador Cide Hamete—, y queda abierta como plausible la segunda interpretación — que no mencionó Cide Hamete, pero que pone a nuestro alcance la documentación etnohistórica—, conforme a la cual el duque, la duquesa y los mayordomos podrían ser tan solo pobres diablos disfrazados que invitaron a otros dos pobres diablos, don Quijote y Sancho, a sumarse a su carnaval aldeano, cambia radicalmente todo: la poética y la política, la estructura, la sociología, la hermenéutica, la ética de los capítulos nucleares de la Segunda Parte del *Quijote*.

Por cambiar, cambia el estatuto del lector y el del crítico —y estamos hablando de los millones de receptores que desde hace más de quinientos años ha tenido la obra maestra de Cervantes—, quienes pasaríamos a engrosar, aunque en tribuna aparte de la de don Quijote y Sancho, el elenco de los engañados y burlados. Cambia el estatuto del narrador, Cide Hamete, el prestidigitador del que creíamos que estaba suministrando información fidedigna y completa al lector, cuando lo que estaría ofreciendo serían medias verdades y medios engaños, con el fin de defraudarnos. Y cambia también, por supuesto, el estatuto del autor: si del arte fabulador de Cervantes se han hecho ya todos los elogios posibles e imposibles, la eventualidad —que estaría apoyada por informaciones etnográficas de cierto peso— de que el duque, la duquesa y los mayordomos de Barataria pudieran ser autoridades no de verdad, sino de burlas, tan aldeanos ellos como los demás oficiantes de la farsa, lo elevaría a la condición de engañador mayor de la literatura. Seguramente lo era ya, pero si ese segundo nivel de interpretación quedase expedito, lo sería aún más.

Dejo para algún próximo ensayo la evaluación en profundidad de esa posibilidad, más la convocatoria de otros documentos relativos a autoridades burlescas y a demiurgos ilusionistas, y el recurso a bibliografías y hermenéuticas adicionales, que pudieran reafirmarla o desdecirla. Aunque cargado de dudas y de sospechas con respecto al juego de defraudación en que Cervantes y Cide Hamete podrían habernos enredado también a los receptores, procuraré escribir, de aquí en adelante, como si aceptara que las jerarquías del duque, la duquesa y los mayordomos eran de verdad y no de pega. Eso es lo que quisieron el autor y el narrador que creyésemos, y no estará de más seguir adelante para ver hasta dónde llevaron el juego.

Conviene en fin anunciar, antes de pasar página, que dejamos en este punto la risa carnavalesca y las fuentes y paisanajes locales, así como el espacio de confort del oficio del coleccionismo crítico de fuentes y paralelos. Están a punto de abrirse los capítulos del drama o de la tragedia, las fuentes y los paralelos desordenados, atomizados, desiguales, más de ideas y emociones que de discursos, y la crítica menos proclive a las certezas y más abocada a las incertidumbres.

De las verdaderas intenciones del “puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia”

El arranque del capítulo II, 50 del *Quijote* (aquel *Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza*) no puede menos que hacer saltar todas las alarmas y agudizar las sospechas de que todo el tinglado “ducal” pudiera ser un ardid para chasquearnos a nosotros, tanto como a don Quijote y a Sancho. Se halla incrustado en el corazón del teatro de los engaños de los duques y nos traslada un rápido encomio del noble y sinuoso oficio —que también es, en un nivel mucho más modesto, el nuestro— de reunir y enhebrar átomos literarios, además de un (auto)elogio —que ha de ser recibido por nosotros con toda suerte de prevenciones— del narrador:

*Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento... (Cervantes, II, 50, 1130).*³⁴

Con todo lo que hasta aquí llevamos averiguado, y no por confidencia leal de Cide Hamete, sino porque nos lo ha trasladado la documentación etnográfica vieja relativa a fiestas aragonesas de locos en que los “Duques” y “Duquesas” y los “Mayordomos” y “Mayordomas” no eran jerarquías verdaderas, sino máscaras de rústicos que fingían ser nobles o notables, tenemos todo el derecho a sospechar que los manejos que Cide Hamete se traía con “los átomos desta verdadera historia” —el énfasis cínico sobre lo de *verdadera* debe tomarse como un aviso adicional para que mantengamos alta la guardia— podían no estar inocentemente encaminados a urdir el texto de una *historia* relativa a duques engañadores y a súbditos engañados, sino a proyectarla a través de un centrifugador genial y a convertirla en una *historia* con un autor y un narrador *verdaderamente* engañadores y unos lectores y unos críticos *verdaderamente* engañados.

En el cierre de este ensayo enfrentaremos —lo adelanto ya— este “*puntualísimo escudriñar de los átomos desta verdadera historia*” de Cide Hamete con la célebre frase de Juvenal *Quis custodiet ipsos custodes* (“¿Quién guarda a los propios guardas?”), que la cultura popular moderna en que se ha aclimatado ha traducido como *Who watches the watchers?*, *Who watches the watchmen?*, “¿quién mira a los que miran?”, “¿quién vigila a los vigilantes?”. El que la voz *escudriñar* que seleccionó el narrador del *Quijote* reúna los significados del *mirar* y del *vigilar* no puede sino agravar nuestra inquietud: ¿estaba *mirando*, *vigilando*, engañando Cide Hamete a los personajes, o estaba *mirando*, *vigilando*, engañando Cide Hamete a los lectores de la novela?

Ya he advertido que conviene obrar como si nos tragásemos el anzuelo que Cervantes y Cide Hamete puede que pusieran ante nuestros ojos y nuestras limitadas entendederas, y recoger disciplinadamente el guante de los *escudriñamientos*, de los *átomos* y de las *historias verdaderas*, para intentar dar un rodeo en torno a sus posiciones y probar a averiguar más cosas acerca de dónde sacaron sus trucos y hasta dónde llegaron sus mañas.

Átomos no solo del *Quijote*, sino de unas cuantas *historias* más, tan *verdaderas* —es ironía, claro— como las que *puntualísimamente escudriñó* Cide Hamete, van a ser los que voy a procurar seguir reuniendo y examinando en este ensayo, que si no se va a acercarse en el mérito a la obra maestra de Cervantes, sí se aproximará en la fatiga del seguir *escudriñando*, juntando, recomponiendo, con el afán de llegar a un discurso que espero que sea *metasanchesco* en particular y metaliterario en general. Porque aunque el centro de nuestra pesquisa será el episodio del gobierno de Sancho en Barataria —y en concreto los tópicos de su cuerpo hambriento, de la rectitud moral que demostró mientras ejerció de juez y del espionaje al que fue sometido por los malvados duques—, el viento que dispersa las ideas y los tópicos literarios hasta las épocas y los confines más insospechados no podrá sino llevarnos, a nosotros también, a inesperadas tribunas y a interpretaciones insólitas, incómodamente dislocadas, caleidoscópicas, de Sancho.

Los primeros átomos que escudriñaremos serán sacados de la *Odisea* homérica nada menos. Corresponden, más en concreto, a la jornada que para el héroe comenzó “cuando el sol asomaba” (XX, 429)³⁵ y terminó “a la hora / en que el juez se levanta en la plaza pensando en su cena / tras haber sentenciado disputas de gente sin cuento” (XX, 438-440): un guiño elíptico a las complicaciones y el hambre que a Odiseo trajo

³⁴ Todas las citas del *Quijote* las haré a partir de Cervantes (1998).

³⁵ Todas las citas de la epopeya griega las haré a partir de Homero (1993).

aquel día que se le hizo interminable. Da la impresión, o mejor dicho la ilusión, de que Homero lo hubiese concebido presintiendo con exactitud y clarividencia las jornadas de sol a sol, pleitos encadenados y hambres que sufrió Sancho Panza mientras aguantó en su oficio de gobernador-juez.

El arco temporal que va del alba a la noche fue, en efecto, el tiempo que pasó Odiseo, agotado y sin probar bocado, agarrado de la rama de una higuera silvestre y hambriento —según la interpolación de Homero— como un juez al que los pleitos no permiten el descanso, mientras intentaba no caer en la oscuridad abisal de Caribdis, conforme a lo previsto en un plan meticulosamente urdido y vigilado —según constataremos— por los dioses olímpicos, cuyos poderes eran más omnímodos aún que los de los duques cervantinos. Adelantaré ahora, aunque esa será materia de comentario ulterior y más detallado, que al llegar el momento propicio de la noche dio el héroe un salto prodigioso, se agarró a unos maderos —los únicos restos que habían quedado de su nave— que la corriente arrastraba, logró apartarse del peligro y empezó una deriva de nueve días y diez noches hasta la isla de Esqueria, en la que, acogido por la joven Nausícaa, su padre Alcínoo y los feacios, pudo por fin descansar y saciar su apetito.

La segunda gran obra literaria en que nos atreveremos a escudriñar será el célebre y magistral *ejemplo XI, De lo que contesció a un deán de Sanctiago con don Illán, el grand maestro de Toledo*, que el infante don Juan Manuel insertó en su *Libro de Patronio* o libro del *Conde Lucanor*, al que puso fin en 1335. Tal relato está protagonizado por un deán de Santiago que fue a estudiar nigromancia con don Illán, sabio famoso de Toledo; acogido con impecable hospitalidad en la mañana misma de su llegada a la ciudad, el deán de Santiago fue invitado a comer y, tras la conversación de la sobremesa, a bajar —después de que don Illán dejase encargado que unas perdices estuviesen listas para la cena: “perdices” en plural, destinadas presumiblemente a saciar el hambre de su huésped y de él— a una cámara subterránea en la que el maestro impartió enseñanzas tan provechosas que su pupilo no tardó en ir trepando a los estados de arzobispo de Santiago, obispo de Tolosa, cardenal y papa romano, bajo la atenta vigilancia de su mentor, que lo acompañó como fiel auxiliar en todos aquellos destinos. Tras cada promoción, el antiguo deán de Santiago negaba los favores que no dejaba de solicitarle su instructor a cambio de los servicios que le prestaba.

Creo que no se habían tenido hasta ahora en consideración las concomitancias detectables entre la fábula del deán-papa elevado por un tiempo efímero a categorías políticas ilusorias y espionado y controlado, aunque él no lo supiera, por quien había urdido toda la traza de su promoción (don Illán), y la fábula del labrador-escudero elevado engañosamente y por tiempo también efímero a la silla de gobernador-juez y espionado y controlado, sin saberlo él, por quienes movían los hilos de todo lo que pasaba a su alrededor (los duques). El caso es que ahí están esas más que significativas coincidencias y otras que iremos desentrañando; después vendrán simetrías y oposiciones que darán más variedad al relato y más materia de reflexión a nosotros, como la de la hospitalidad sincera y leal que dio don Illán al deán de Santiago y la hospitalidad falaz e indigna que, en cambio, dieron los duques a Sancho; o como la del averiado y egoísta gobierno del deán de Santiago y, en contrapartida, el buen y justo gobierno de Sancho.

Cuando el vigilante don Illán se hartó de reunir pruebas concluyentes (puesto “que assaz avía provado lo que tenía en él”) de que su pupilo utilizaba el poder de modo abusivo y acaparador —al contrario de como lo empleó Sancho, siempre buen donador y repartidor—, declinó seguir a su servicio. Y como el arrogante papa se negó a proveerle de vituallas para que pudiese comer en el camino de Roma a Toledo —qué diferencia con los insulanos de Barataria, que metieron en las alforjas del asno de

Sancho, que acababa de dimitir y preparaba su retirada, los alimentos que él solicitó: queso, pan y vino—, don Illán le contestó que confiaba en que, entonces, estuviesen listas las perdices que había dejado encargadas para la cena. Fue pronunciar tales palabras y romperse de manera automática el encantamiento: el iluso papa romano se vio de nuevo en Toledo, despojado de cargos y prebendas, y don Illán le despidió con cajas destempladas, sin hacerle la cortesía de degustar con él las famosísimas perdices. De modo que el despótico impostor, indigno de los cargos que le habían sido confiados, iniciaría el camino de vuelta a Santiago al final de una jornada agotadora, de noche y con el estómago vacío.

El maestro don Illán, juez íntegro y riguroso que no había aflojado ni un solo instante el espionaje del deán que ante él “*assaz avía provado*” su carácter prevaricador, fue quien dio cuenta, en la hora de la cena, de las aves; y es de creer que con muy bien ganado apetito, puesto que el cuento no dice que renunciara a ninguna de las raciones que habían sido preparadas:

Desde don Illán vio cuánto mal le gualardonava el papa lo que por él avía fecho, espedióse d'él, et solamente *nol' quiso dar el papa qué comiese por el camino*. Estonce don Illán dixo al papa que *pues ál non tenía de comer, que se avría de tornar a las perdizes que mandara assar aquella noche, et llamó a la muger et dýxol' que assasse las perdizes*.

Quando esto dixo don Illán, fallósse el papa en Toledo, deán de Sanctiago, commo lo era quando ý vino; et tan grand fue la vergüença que ovo, que non sopo quel' dezir. Et don Illán dýxol' que fuesse en buenaventura *et que assaz avía provado lo que tenía en él*, et que *ternía por muy mal enpleado si comiesse su parte de las perdices*.³⁶

En resumen: jornada bien agitada la de Odiseo, quien —títere en un teatro que estuvo en todo momento movido y vigilado por los dioses, según veremos— colgó durante un día de una rama, angustiado y acumulando tanta hambre como la que sufriría —según la comparación maestra de Homero— un juez laborioso al final de un largo día de pleitos. Jornada también muy entretenida la de don Illán, juez entregado durante un día entero a elevar hasta cargos ilusorios y a espiar las ambiciones y desdenes encadenados de un pupilo mal donador y mal repartidor, del que pudo por fin librarse cuando llegó la hora de despachar la cena. Y jornada(s) extenuante(s), en fin, la(s) de Sancho en Barataria, ascendido a juez excelente, buen donador y buen repartidor, metido en un pleito tras otro bajo el espionaje entre divertido y admirado de sus presuntos súbditos y —en la lejanía— de los duques; y sufridor de un hambre que poco o nada le era permitido saciar, sometido como estaba a las restricciones de un médico insolente, a las horas en que los pleitos concluían. Ascensos a posiciones imposibles de mantener, jornadas agotadoras, hambres, caídas, en definitiva.

Una vez esclarecidas las analogías que parece haber entre las arquitecturas de las fábulas de Homero, don Juan Manuel y Cervantes, es obligado —y aleccionador— hurgar en las divergencias. Una que resulta tan crucial como comprensible o justificable es la de las protestas de hambre de Sancho, que son mucho más profundas, argumentadas e histriónicas que las de los afanosos personajes de Homero y de don Juan Manuel, los cuales se acogieron, para dejar esa hambre solo insinuada, a los códigos de lo escueto, lo implícito, lo irónico. Así, al sutilísimo Homero no le hizo falta afirmar que Odiseo se sintió hambriento durante la jornada que pasó colgado de una rama... Le bastó con entrometer, en bucle sutil, la comparación con el juez que llega hambriento a la hora de la cena tras pasarse el día impartiendo un acto de justicia tras otro. Tampoco explicita don Juan Manuel que el deán de Santiago y que don Illán acumularan apetito durante una jornada en que el pupilo estuvo sometido a pruebas y el maestro-juez a vigilancias

³⁶ Lacarra (1999, núm. 33, 177).

que no dieron respiro a ninguno de los dos... Pero sí dejó claro que el único que cenó aquella noche la doble ración de perdices fue don Illán; de lo cual se colige la saciedad del bueno y el hambre del malo, en el remate de la jornada.

Sancho en cambio no deja de conjugar el verbo *tener hambre* una y otra vez, con toda la paleta de los matices y colores que pueden ir asociados a la incompreensión, el desmayo, la ira o la resignación, en un capítulo tras otro de un gobierno isleño que a él le pareció que duró un siglo, por más que quedase abruptamente cancelado en la jornada octava. Tiempo y párrafos para manifestar sus ansias de comer no le faltaron, si tenemos en cuenta que los preliminares de su promoción a gobernador irrumpen ya en el capítulo II, 42 (el *De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula*) y que fue desarrollada, hasta su caída, en los capítulos 43, 44, 45, 47, 49, 51, 53, 54 y 55, con lo que todo el enredo insular alcanzó el honor de convertirse en una de las peripecias de mayores complejidad y alcances de la obra cervantina.

Las diferencias mayores que se aprecian en los modos y en las figuras de desarrollo del argumento de las dos primeras ficciones —la antigua y la medieval— con respecto a la última —la barroca— son lógicas y previsibles, si se tiene en cuenta que la economía de recursos poéticos de la epopeya y del cuento breve se halla sometida a reglas que priman la acción, la concisión, el trazo enérgico y urgente; mientras que la poética de la novela (y más cuando se empeña en recrearse en el decir *verborreico* de Sancho) invita a la *amplificatio*, al excurso, a la sinuosidad y alargamiento del matiz argumental y psicológico:

Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, *que a todas horas y a todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo a su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos, y aun les deslindan los linajes.* Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures: espera sazón y coyuntura para negociar; *no vengas a la hora del comer ni a la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer a la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre.* (II, 49, 1117)

Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y *las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos*, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. *Finalmente, él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia.* (II, 51, 1147)

Ocho días o diez ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron, *en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora.* (II, 55, 1181)

Pese a que las virtudes de buen gobernante que desplegó en Barataria superaron las expectativas de quienes estaban atentos, desde cerca y desde lejos, a cada uno de sus actos y de sus gestos, Sancho no estaba hecho, ni mucho menos, de la madera heroica de Odiseo, cuyo ayuno duró por lo menos once jornadas, si se computan la que pasó colgado sobre el abismo y las diez que navegó agarrado a unos maderos, hasta el arribo a la isla de los feacios. Con algo, aunque fuera con poco, fue preciso alimentar, en cambio, el estómago del juez-gobernador de Barataria, varón de carne y hueso y no héroe griego, durante la semana larga que aguantó en su cargo:

Levantóse, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio *le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho*

con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía a las personas constituidas en mandos y en oficios graves. (II, 51, 1141)

Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun a quien se le había dado; *pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día.* (II, 51, 1141)

—Así es —respondió el mayordomo—, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. *Y acábase con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.*

—Eso pido, y barras derechas —dijo Sancho—: *denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire.*

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. (II, 51, 1143-1144)

Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles, entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. (II, 51, 1144)

El hambre entera o a medias fue, en fin, la compañera más fiel del Sancho gobernador. Incluso en el momento de crisis y dejación definitivas de su gobierno:

El cual, *estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía...* (II, 53, 1159)

Aunque poco había cenado, fue parco el refrigerio que pidió el desdichado y agotado gobernador-legislador cuando llegaron a su fin las vejaciones de aquella noche:

Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, *que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo.* (II, 53, 1162)

El alimento real, razonable y objetivo empezó a manifestarse ante sus ojos y su boca tan pronto dimitió el infeliz del estado de gobernador-juez y retornó a su ser de Sancho Panza:

Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y *medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería.* (II, 53, 1165)

Cuán distinta, esta escena, de aquella escrita por don Juan Manuel en que el papa apócrifo niega a don Illán provisión alguna para su viaje, tras su renuncia a seguir prestando servicio en Roma.

La revancha definitiva contra las penalidades y las hambres que había sufrido en Barataria llegó para Sancho cuando, al poco rato de su renuncia, y en el camino hacia el cercano castillo ducal, al que iba para dar cuenta de sus desventuras y para justificar las razones de su dimisión, se topó con un grupo de peregrinos alemanes entre los que venía disfrazado su amigo el morisco proscrito Ricote. Con aquellos desheredados

compartió, en un ritual apoteósico de donación, reparto y exorcismo del hambre, las viandas que acarrea para el viaje,

sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno, *porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados*. Finalmente, *el acabársele el vino* fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles. (II, 54, 1169)

Es de presumir que el deleite con que Sancho despacharía sus elementales pero contundentes queso, pan y vino, al romper justamente con su lugar, servicio y ayuno de gobernador, no andaría muy lejos del gusto que experimentaría don Illán al despachar sus perdices tras el trepidante séquito de los obispados, arzobispados, cardenalatos y hasta papados romanos de su pupilo que se habían sucedido en una sola jornada; o del alivio con que Odiseo devoraría los manjares que le ofrecieron los feacios cuando, al cabo de muchas agotadoras jornadas, pudo dejar su condición de náufrago.

Esta hospitalidad tan de urgencia y tan gentil, por cierto, había dado Nausícaa, hija de Alcínoo, tras encontrar al infeliz desamparado en la playa:

—Mas dad, siervas, al huésped comida, llevadle que beba.
Dijo así, presurosas las siervas cumplieron la orden
y pusieron delante de Ulises licor y manjares;
a comer y beber empezó ávidamente el divino,
sufridísimo Ulises: de tiempo encontrábase ayuno. (VI, 246-250)

Del cuerpo abierto acumulador al cuerpo cerrado donador, y viceversa

La relación de los personajes literarios con la alimentación y con los modos de comer ha sido cuestión muy estudiada por la crítica; pero su envés, la relación con el hambre y con la fugacidad o el desvanecimiento de las oportunidades de comer, aunque sea enormemente significativa, no lo ha sido tanto.

Sancho se halla en un umbral que le convierte en sujeto ambiguo, polisémico y polifacético, que parece mirar en algunas peripecias —las más felices para él— a la insaciabilidad de Gargantúa y Pantagruel; o al banquete pantagruélico —nunca mejor dicho— que disfrutó el Sancho del capítulo XII del *Quijote* de Avellaneda (*Cómo don Quijote y don Álvaro Tarfe fueron convidados a cenar con el juez que en la sortija les convidó, y de la extraña y jamás pensada aventura que en la sala se ofreció aquella noche a nuestro valeroso hidalgo*), invitado por un juez que, por cierto, no tenía por costumbre privarse de las cenas opíparas.

El hambriento rústico manchego parece hacer guiños, en ocasiones más desdichadas como la de Barataria, a los rostros caricaturescos de *La nave de los locos* que abren codiciosamente sus bocas, en el cuadro de El Bosco, mientras ante sus ojos pende un alimento —que podría ser una hogaza de pan—, colgado de un hilo inestable; o a Lázaro de Tormes cuando se recuesta para abrir la boca pensando que en ella iba a caer un furtivo chorro de vino, cuando lo que se le viene encima es el jarro que el ciego estrella bárbaramente contra su rostro.

El proverbial e hiper-significativo cuerpo de Sancho es, en fin, el campo de una batalla o de un palimpsesto sobre los que todas las tensiones y las cifras de la saciedad y del hambre avanzan y retroceden, o quedan dibujadas y enmendadas una y otra vez. Su graso perfil alcanza una visibilidad eminente dentro de lo que tiene visos de ser una competición o un carnaval inacabables e inagotables; otros capítulos de esa guerra o de esa fiesta inmemoriales han sido escudriñados en trabajos ya clásicos como el de Bajtín

acerca de los glotones emblemáticos de Rabelais,³⁷ y en una larga cadena de monografías que llegan hasta hoy acerca de lo que significan los abdómenes abultados y las grasas desaforadas, que alcanzan al muy reciente (2019) tratado de Christopher E. Forth acerca de la historia y la fenomenología de la gordura.³⁸

La ecuación del hambre, el grosor corporal, la ética personal, la actividad social, la proyección simbólica de Sancho, más aún si es interpretada dentro del amplio marco hermenéutico que perfilan estudios críticos como aquellos —acerca de la glotonería y la gordura— que acabo de apuntar, es tan relevante y al mismo tiempo tan compleja, y revelan nexos tan trabados entre sus muy diversos factores, que yo evitaré, al menos en este ensayo, terciar con determinación en ella. Me limitaré a reproducir unas palabras que, aunque publicadas hace años, en 2003, siguen reflejando mi interpretación del cuerpo y el alma o del significativo y el significado de esa invención genial que es Sancho juez-gobernador:

La interpretación posiblemente más genial, más original, más coherente desde el punto de vista simbólico de todas las que se han hecho nunca sobre la lógica de los cuerpos *abiertos* y *cerrados*, sobre sus dimensiones éticas y sobre sus proyecciones heroicas, es la que hizo Miguel de Cervantes en su inmortal *Don Quijote*. Cervantes junta en las páginas de su novela a un caballero escasamente hablador (salvo cuando delira), poco comedor, de costumbres sumamente austeras y exageradamente delgado, con un escudero parlanchín, de irrefrenable apetito, ambición consumista, y obesidad proverbial.

Don Quijote es un cuerpo radicalmente *cerrado*. De carácter silencioso y taciturno, reclama muchas veces a Sancho silencio y mesura en el habla. Apenas come, y cuando come, come poco, come mal, y a veces no llega ni siquiera a digerir la comida: una vez le tienen que dar precariamente de comer a través de un canutillo que atraviesa su celada, otra vez se alimenta de hierbas silvestres mientras hace penitencia en Sierra Morena, una noche, en la venta, vomita cuando le pisan el vientre, y en otra ocasión vuelve a vomitar tras ingerir el bálsamo de Fierabrás. Es decir, que el alimento no llega a veces ni siquiera a hacer el recorrido completo de su *tubo* corporal. Don Quijote es, además, casto y puro. Y jamás se deja sorprender evacuando por sus orificios inferiores.

Sancho es, naturalmente, todo lo contrario: un cuerpo radicalmente *abierto*, por arriba y por abajo. Hablador incansable, y hasta inoportuno e impertinente, decididor de refranes vengan o no a cuento, comilón insaciable, consumidor egoísta de todos los bienes que es posible consumir, además de casado y padre, es decir, de no casto. En la novela se le sorprende abriendo los orificios inferiores de su cuerpo cuando evacúa su vientre en la célebre aventura de los batanes, o cuando imagina fantasías zoófilas en el episodio en que cuenta sus “entretenimientos” con las Siete Cabrillas.

En una ocasión, sin embargo, las tornas se vuelven por completo, y Sancho asume la condición de absoluto y carismático *donador*. Eso sucede en el que quizás sea el episodio más asombroso, denso y original de toda la gran novela: el de su travestimiento en gobernador de la Ínsula Barataria. Sancho, convertido en juez, *dona* o reparte justicia en tres ocasiones. En las tres ocasiones lo hace de manera absolutamente inteligente y feliz, y, además (¡cosa asombrosa en él!), reflexionando en silencio y abriendo la boca para hablar solo con mesura y propiedad. En una ocasión redistribuye bienes económicos (las monedas escondidas en el interior de una caña), en otra redistribuye bienes convertidos en puramente simbólicos (las capuchas confeccionadas por el sastre, destinadas a juguete de presos), y en otra redistribuye el precio de los favores de una mujer (en el episodio de la prostituta y su cliente). Su estatura y su eficacia de gran *donador* quedan, en consecuencia, transparentemente puestas de manifiesto, y el pueblo le aclama y le eleva a la condición de héroe.

Pero entonces sucede algo ciertamente asombroso, de una profundidad simbólica excepcional, y de una finura y resolución literarias insuperables: mientras Sancho se halla metamorfoseado en gran *donador*, deja de comer. Su médico le impide introducir en su cuerpo cualquier alimento, para que la ingestión de manjares inconvenientes no ponga en peligro su preciosa salud. El antiguo siervo y nuevo héroe se ve obligado a decidir entonces qué tipo de personalidad es la que desea asumir: si quiere la del *donador*-distribuidor de cuerpo *cerrado* que

³⁷ Bajtín (1987).

³⁸ Forth (2019); véanse además Schwartz (1986), Fischler (1990), *Bodies* (2001), *Cultures* (2005), Coveney (2000), *Trop gros* (2009), Vigarello (2010), *Être* (2010), Hill (2011) y Levine 2015.

debe consumir lo mínimo imprescindible para que quede así plenamente realzada su estatura heroica; o si prefiere la del *acaparador*-consumidor, cuyo cuerpo puede seguir relajadamente *abierto*, aun a costa de perder el carisma que se asocia a la generosidad, el reconocimiento que premia la justicia y, en definitiva, las marcas que identifican lo heroico.

Sancho elige, naturalmente, lo que al final hemos tenido que elegir todos los seres humanos que no somos héroes.³⁹

El burócrata que ni come ni duerme: mitos y estereotipos

Entre los mitos y los estereotipos que —enredados en la densa trama de las fábulas que estamos convocando— nos está tocando dejar solo entrevistados sobre la línea de fondo merece una glosa de mayor envidia, aunque sea solo porque despliega avatares señeros en la *Odisea*, el *Conde Lucanor* y el *Quijote*, los del burócrata que apenas come, ni bebe ni descansa durante la larga o las largas jornadas que consagra a su cargo. Es variante —conviene decirlo— del universal motivo narrativo del héroe desvelado —lo que le permite rechazar ataques a traición: de ejércitos enemigos, de gigantes o de dragones—, que se halla presente en un sinnúmero de mitos, cuentos, leyendas. A ese mito —mito porque sus raíces salen de lo más antiguo— que se manifiesta también como estereotipo —estereotipo porque he decaído en versiones que, perdido el aliento mítico, siguen siendo recicladas hasta hoy—, convendrá que en alguna ocasión le sea dedicado algún ensayo monográfico, ya que tiene unas proyecciones narrativas e ideológicas de alcances enormes.

Mientras llegan esa ocasión y ese ensayo, vale recalcar que su primera o que una de sus primeras manifestaciones vertidas en el soporte de lo escrito —seguro que tras largos e intensos recorridos en el lenguaje oral y en la tradición del cuento y el ejemplo consuetudinarios— fue la alusión al “juez [que] se levanta en la plaza pensando en su cena / tras haber sentenciado disputas de gente sin cuento” de la *Odisea* homérica. La fugaz interpolación de Homero, que puede que encierre alguna ironía o algún chiste alusivo a viejísimas historias relativas a legisladores sacrificados y hambrientos —¿o a autoridades burlescas, *sanchescas*?—, otorga una credencial incuestionablemente mitológica y garantiza un recorrido cultural muy dilatado al tópico. Lo que tiene el aspecto de ser —aunque sea en realidad mucho más que eso— rápida e intrascendente interpolación en el cuerpo de una gran epopeya dibuja, de hecho, un perfil que, para empezar, se ajusta como un guante a la experiencia que quedó encarnada en el Sancho averiguador y solucionador, a la fuerza, de pleitos que se sucedían sin pausa y sin la necesaria refacción en Barataria.

Basten como reveladores botones de muestra estos párrafos que nos hacen compadecer a un Sancho en pleno ejercicio de su cargo, metido en despachos de secretaría cuya burocrática acumulación impedía la satisfacción de su hambre:

—Y vos, secretario, responded al duque mi señor y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos a mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío a mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamanos a mi señor don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere a cuento. Y álcense estos manteles y denme a mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.

En esto entró un paje y dijo:

—Aquí está un labrador negociante que quiere hablar a vuestra señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

³⁹ Pedrosa (2003, 62-63).

—Estraño caso es este —dijo Sancho— destes negociantes. ¿Es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir a negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno, que no durará, según se me trasluce, que yo ponga en pretina a más de un negociante. Agora decid a ese buen hombre que entre... (II, 47, 1101-1102)

Si no llegaron a mayores los enfados y las impacencias de Sancho sería porque no querría desairar el mandato de los duques. De otra manera, quién sabe si no hubiese acabado el atareado gobernador de Barataria dando un puñetazo expeditivo sobre la mesa, tal y como —decían los cuentos que— había hecho el emperador Constantino, encarnación del gobernante poco dado a dejarse enredar en pleitos de súbditos, lo que le convirtió en emblema del héroe anti-burócrata por excelencia:

San Teodorito, en su *Historia Eclesiástica*, libro primero, capítulo onze, y la *Tripartita*, libro segundo, capítulo segundo, escriben del emperador Constantino que, celebrándose el Concilio Niseno, como le fuesen dadas muchas cédulas de parte de los obispos, en que formaban quejas unos de otros, él, sin leer alguna dellas, estando todos los padres juntos, les dixo:

—Aquí, sacerdotes de Dios y padres míos, os avéis juntado para tratar los negocios del mismo Dios. No ay para qué nos entretengamos en cosas particulares, especialmente tocando a eclesiásticos, de que yo no soy juez. Antes os digo que si, lo que Dios no quiera, viesse algún eclesiástico cometer alguna flaqueza, con mi capa le cubriría, por escusar el escándalo y mal exemplo que siendo visto podía dar.

*Y con esto quemó todas las cédulas en su presencia y se prosigió el Concilio, hasta que felizmente se concluyó.*⁴⁰

El mito del gobernante-juez burócrata que sacrifica a las servidumbres del oficio la satisfacción de sus necesidades y apetitos, cuyo hilo hemos podido seguir desde las páginas de la *Odisea*, el *Conde Lucanor* o el *Quijote*, ha conocido muchas más manifestaciones y se ha acogido a muchos más emblemáticos *cuerpos cerrados* y desvelados hasta el día de hoy. De Isabel la Católica, Felipe II, Napoleón, Francisco José I de Austria, Franco, Hitler, Stalin, Adolfo Suárez, se decía que dedicaban muy pocas horas al sueño y a saciar el apetito, en comparación con las que dedicaban a sus labores de gobierno. El anecdotario es variopinto: de Isabel la Católica se decía que cuando no estaba metida en el despacho de negocios de estado se hallaba ocupada, por no estar sin hacer, con la rueca; de Felipe II han quedado centenares de cartas firmadas por él en el mismo día; de Stalin llegó a escribir Pablo Neruda estos versos serviles:

En tres habitaciones del viejo Kremlin
vive un hombre llamado José Stalin.
Tarde se apaga la luz de su cuarto.
El mundo y su patria no le dan reposo.
Otros héroes han dado a luz una patria,
él además ayudó a concebir la suya,
a edificarla
a defenderla.
Su inmensa patria es, pues, parte de él mismo
y no puede descansar porque ella no descansa.⁴¹

Ironías del destino, o de la palabra hiperbólica: de Franco, archienemigo de Stalin, difundió su primer ministro Arias Navarro la más que dudosa especie de que la

⁴⁰ Villegas (1988), “Discurso vigésimo tercio. De dignidad sacerdotal. Ejemplos cristianos”, núm. 1.

⁴¹ Neruda, *Que despierte el leñador*, en *Canto general* IX, 3, vs. 336-345, en *Obras* (1999-2002, I, 692).

“lucecita” de su despacho era la última que cada noche se apagaba en su residencia de El Pardo; de Adolfo Suárez fue célebre la anécdota de que al cabo de jornadas agotadoras de trabajo cenaba solo una tortilla francesa; menú que, por cierto, se dice que es el único que se le sirve en la cena al atareado Bill Gates.

El estereotipo, heredero del mito, dista mucho de estar agotado. Hoy —y con esto cerramos el elenco de los ejemplos— la figura del policía o del detective que, aunque ello les cause ojeras, agotamientos y divorcios, se queda en su despacho buscando pistas y rellenando informes hasta altas horas de la noche, consumiendo si hay suerte una hamburguesa o un trozo de pizza, tras todo un día de heroicidades, es ingrediente muy arraigado en la ficción contemporánea, en el imaginario popular, en las series de televisión. Pocos de entre sus recicladores y receptores tienen conciencia de que en la *Odisea*, en el *Conde Lucanor*, en el *Quijote* estaban ya prefigurados.

Controversias acerca de los jueces hambrientos

Aunque ello suponga deriva hacia un excursus más, no será ocioso señalar que la cuestión de si convenía que los jueces pasasen hambre o no preocupó desde la antigüedad, y que en los dos siglos entre los que transcurrió la vida de Cervantes fue abono de no pocos argumentos y controversias, en los que se dieron la mano las autoridades clásicas y los casos contemporáneos.

Estas líneas de Francisco de Osuna escritas en torno a 1540 nos traerán reminiscencias tanto del cuento del deán de Santiago a quien depuso el sabio don Illán —a ellos se les hubiera podido muy bien aplicar eso de que “quando sentía el Senado que alguno d’éstos tenía ojo a hazerse rico, luego lo deponían y le quitavan el officio”— como del mismo Sancho, labrador y pobre:

Antiguamente Roma se regía por labradores que tenían poca hacienda, y quando sentía el Senado que alguno d’éstos tenía ojo a hazerse rico, luego lo deponían y le quitavan el officio, de manera que si de aver sido juez quedava más rico que antes era, nunca más lo hazían juez, porque presumían que avía tyranizado o vendido la justicia. Empero, dávales el Senado de comer mientras eran juezes, y assí lo hazía nuestro Señor Dios en la vieja ley, donde los sacerdotes eran juezes y comían de las rentas del templo. Era tanto el estudio que antiguamente se tenía en aprovechar la república, que no se tenían por buenos juezes sino los que remanecían pobres por dar a ganar a la república.⁴²

A la luz de argumentos de estas especies cobran un significado mucho más pleno, y respaldado además por autoridades acreditadas, las palabras de Sancho:

Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador, más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arrojarme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. (II, 53, 1163)

El ejemplo de los jueces-labradores-pobres de los romanos fue contrapuesto en ocasiones al de los jueces-mandatarios-ricos que —se argumentaba— preferían los cartagineses para intentar asegurar la honradez del legislador:

⁴² Osuna (2002, 592).

Demás de que *la necesidad fue siempre gran puerta para el cohecho, y de un juez hambriento es de temer que asuele la Provincia, o ciudad que le tocara en una hora, como dezia un Profeta de los de Jerusalén, que eran lobos de sobre tarde, que no dexavan qué descarnar para el día siguiente: Iudices tui lupi vespere non relinquebat usque mane*. Atendiendo a esto los Cartagineses escogían para Magistrados los Ciudadanos más caudalosos, persuadidos (como dize Aristóteles) a que el hombre necesitado con dificultad hará su oficio limpiamente: si bien devemos exceptar de esta regla un linage de gente pobre, y bien nacida, virtuosa, y desinteressada en quien, como resolvimos en el capítulo tercero, se emplean muy bien los oficios públicos: porque libres de avaricia, que es la mayor necesidad de todas, pueden vencer los peligros que hemos considerado en el no tener, a los quales procurarán los Príncipes hazer mercedes extraordinarias en premio de su buena administración, y en resguardo de la autoridad necessaria para hazer justicia, con que se asegurarán de que se los premien los litigantes, que sería gran confusión.⁴³

Se detecta en estos argumentos una alusión al libro bíblico de *Sofonías* 3: 1-3, que imprecaba contra los jueces que acababan su jornada no con el hambre que nace del trabajo sacrificado —como los de los jueces de Homero, don Juan Manuel o Cervantes—, sino con el hambre de los codiciosos que aprovechan las sombras para saciar sus peores apetitos:

¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada,
la ciudad opresora!
No ha escuchado la voz,
ni ha aceptado la corrección,
no ha puesto su confianza en Yavé,
no se ha acercado a su Dios.
Sus jefes son, en medio de ella,
como leones rugientes;
sus jueces como lobos nocturnos
*que no dejan nada para la mañana.*⁴⁴

Hubo quien previno contra los jueces que alegaban que de los pleiteantes aceptaban solo fruta para comer, porque se sospechaba que el don de la fruta podía encubrir otras prevaricaciones; del mismo modo que hubo quien consideraba que el juez no debía ser ni “tan pobre que le falte para comer, ni sea tan rico que le sobre para se regalar”:

Ligurgo, y Prometheo, y Numa Pompilio, [659] ninguna cosa en sus leyes tanto prohibieron ni para otra cosa tan graves penas pusieron como fue para que los jueces no fuesen cobdiciosos y robadores, y de verdad ellos tuvieron alta consideración en lo proveer y prohibir; porque el juez que huelga de tener parte en el hurto, mal sentenciará que se restituya lo hurtado. *No se fíen los jueces con dezir que no reciben plata, ni oro, ni sedas, ni joyas, sino que si toman, solamente toman para comer fructas; porque muchas y no pocas vezes acontece que el juez come la fructa y el pobre pleyteante siente la dentera.*

Cícero dize en el libro *De legibus* que, siendo ya Catón Censorino muy viejo, dixéronle un día los senadores en el Senado: “Ya sabes, Catón, cómo somos en las calendas de Jano, en las quales es costumbre que se repartan los oficios en el pueblo. Hemos acordado de criar a Malio y a Calidano por censores anuales. Dinos si a tu parescer son hábiles y suficientes”. Respondióles Catón Censorino: “Padres Conscriptos, hágoos saber que ni admitto al uno, ni apruevo al otro; porque Malio es hombre muy rico y Calidano es ciudadano muy pobre. Y de verdad en lo uno y en lo otro ay peligro, pues vemos por experiencia que los censores muy ricos son viciosos y los censores muy pobres son muy cobdiciosos. (Y dixo más.) *En este caso sería yo de parecer que el censor o juez que eligiéredes, ni sea tan pobre que le falte para comer, ni sea tan rico que le sobre para se regalar.*”⁴⁵

⁴³ Márquez (2004).

⁴⁴ *La Santa Biblia* (1988, 1128).

⁴⁵ Guevara (1994) Lib. III, cap. vi.

Polémicas que no han amainado, curiosamente, en la actualidad, porque hoy sigue siendo objeto de controversia en foros, lugares y corrillos la disyuntiva de si es mejor que gobiernen y juzguen los que ya son ricos —porque se supone, con manifiesto optimismo, que no necesitarán enriquecerse más aún— o de si es preferible que gobiernen y juzguen los que no lo son, porque, se supone, podrían buscar ilegítimamente las riquezas que nunca gozaron.

La figura del juez de oficio, nombrado por procedimiento burocrático, no tenía en los siglos de Cervantes buena reputación. Los jueces que sacrificaban sus comodidades en pro de su ocupación no debían de ser los que más abundaban, aunque tampoco dejaría de haberlos: “el día siguiente, que fué sábado, se estuvieron los 4 jueces desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde sin comer, haciendo 11 sentencias, siendo los presos y culpados, presentes y ausentes, 19”, fue una rara ocasión forense, de mediados del siglo XVII, de la que informó Jerónimo de Barrionuevo⁴⁶.

Y si el juez de oficio no inspiraba demasiadas confianzas, el juez de oficio que llegaba con hambre al cargo despertaba auténtico temor, porque se consideraba que era el más propenso a arbitrariedades, sobornos y compra fraudulenta de favores. Lope de Vega, en versos que recordaría Bartolomé Jiménez Patón en los inicios del XVII, había advertido contra ellos:

Y antes había dicho el mismo [Lope de Vega] en la misma obra [*La hermosura de Angélica*, canto 8, estr. 1ª]:

*Qué mal que juzgará juez hambriento,
o movido de amor, o de codicia,
codicia, hambre, y amor son fundamento
de la calunia, envidia, y la malicia:
hambre no quiere espacio, amor violento
rompe el derecho, abraza la justicia,
codicia es tal que al mismo amor sentencia;
aquí juzgan los tres: triste inocencia.*⁴⁷

Mención aparte —y conclusiva de este capítulo— merecen los jueces cuyos apetitos tenían que ver con el deseo sexual:

D.^a Luisa:

*No nos ha de comer su reverencia
del señor juez.*

Juez:

De mozas de tal brío
no me acuerdo de *haber tenido hastío*.
¡Qué bien guisados talles!

Alguacil:

Pues encubren con ellos muchas tachas.

Juez:

Yo tengo hambre canina de muchachas.
Tengan lo que quisieres,
como no tengan años las mujeres.⁴⁸

⁴⁶ Barrionuevo (1892-1893, I, p. 268).

⁴⁷ Jiménez Patón (1993, 419-420).

⁴⁸ Quevedo y Villegas (1981, 129).

Antropomaquias: los dioses contra Odiseo, don Illán contra el deán, los duques contra Sancho

Es el momento de regresar sobre nuestros pasos para recuperar un cabo que habíamos tenido que dejar provisionalmente suelto, pero que es de importancia crucial para avalar una de las tesis nucleares de este ensayo: que igual que el deán de Santiago y Sancho Panza fueron títeres controlados, vigilados y sentenciados, en sus meteóricas promociones, hambres y derrocamientos, por don Illán y por los duques, Odiseo fue otro títere controlado, vigilado y espiado, en una serie de peripecias que llevaron a Homero a la comparación con el juez hambriento al final de una jornada agotadora, por los dioses del Olimpo.

El canto XX de la *Odisea* en que se halla inserta esa crucial comparación se ocupa de no pocas aventuras memorables: las de la navegación junto a las Sirenas, el arribo a la isla del Sol —es decir, a Sicilia— y el robo e ingestión de las prohibidas vacas del dios Sol por parte de los hambrientos compañeros de Odiseo, mientras el héroe, que les había advertido contra aquel sacrilegio, se hallaba, distraído por los dioses, en otra parte de la isla; más el acecho de Caribis y Escila, con la muerte de los últimos compañeros que le quedaban a Odiseo y la salvación a nado, sobre los maderos precarios que le llevarían a la isla de los feacios, del héroe.

Pues bien: las señales de juego conspirativo de los dioses contra los humanos se suceden, en ese canto XII —como en toda la epopeya— una detrás de otra. Así, cuando la nave llegó frente a la costa de las Sirenas, “de pronto cesó aquella brisa, una calma profunda / se sintió alrededor: *algún dios alisaba las olas*” (XII, 168-169); cuando, en la Isla del Sol, el revoltoso Euríloco y sus compañeros pidieron menú de vaca del Sol para la cena, “comprendí entonces yo que *algún dios nos tramaba el desastre*” (XII, 294); cuando Odiseo subió a orar al monte y dejó solos a sus compañeros, los dioses aviesamente “en mis ojos *vertieron un plácido sueño*” (XII, 338); de ahí que poco después Odiseo se viese obligado a lamentar: “¡Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales! / *Para mal me dormisteis en sueño cruel*” (XII, 371-372); y cuando todos dormían en la nave, de noche, “*Zeus nublador enviónos fortísimo viento / en ciclón pavoroso y a un tiempo ocultó con sus nubes / el océano y la tierra*” (XII, 313-315).

Zeus fue el dios que más se significó, sin duda, en la lidia atroz que tuvo como víctimas a los expedicionarios de Ítaca. Lo expresó su voz misma en una ocasión: “yo mismo bien pronto, lanzando mi fúlgido rayo, / *haré trizas su raudo bajel* en mitad del océano” (XII, 387-388). Pero otras veces fue Odiseo quien dio señales de tener bien identificado al dios que les estaba sometiendo a aquellos zarandeos: “*al mandarnos el hijo de Crono su séptimo día, / de improviso aquel viento furioso cesó y al momento / embarcamos*” (XII, 399-401); “*Zeus el Cronión vino a alzar una nube sombría / sobre el combo bajel*”, (XII, 404-406). La muerte por ahogamiento de los únicos compañeros que le quedaban a Odiseo fue, igualmente, designio directo de Zeus:

A este tiempo, *tronando el gran Zeus lanzaba su rayo sobre el barco*, tembló la armazón toda ella y cubrióse de vapores de azufre y mis hombres cayeron al agua. En redor del oscuro bajel los llevó al oleaje; semejaban cornejas; *el dios les negaba el regreso*. (XII, 415-419)

No es gratuita la comparación de las penurias que sufrieron Odiseo y los suyos, hostigados por dioses crueles que disfrutaban viendo debatirse a criaturas inferiores en los decorados llenos de peligros que ellos mismos habían diseñado, con el gato que juega con el ratón antes de asestarle el zarpazo definitivo o con los niños a los que fascina ver de qué manera animalitos ínfimos se dan golpes o agonizan en recintos de

los que ellos han cegado las salidas: de manera no muy distinta a esa el cruel dios anegador “*les negaba el regreso*” a la nave a los agonizantes náufragos de Ítaca.

No deja de ser verdad, por otro lado, que Zeus mismo fue quien decretó la salvación *in extremis* de Odiseo, en atención a que había sido él el único de los expedicionarios que no había atentado contra las vacas del Sol: “*el padre / de deidades y hombres no quiso que Escila me viese, / pues de verme no hubiese escapado a la abrupta ruina*” (XII, 444-446); la llegada del náufrago a la tierra firme fue planificada, en fin, por el concilio divino: “*nueve días el mar me arrastró y a la décima noche / me acercaron los dioses a Ogigia*” (XII, 447-448).

No merece la pena que levantemos aquí acta —puesto que el lector de una publicación monográfica acerca de la obra maestra cervantina estará tan avisado como el que más— de todas las humillaciones que urdieron los desalmados duques y su abigarrada tropa de secuaces contra el indefenso enfermo mental (don Quijote) y contra el criado rústico y sin instrucción (Sancho) a los que, con el solo propósito de reírse de ellos, ofrecieron indigna hospitalidad. Bastará, para dar la medida de su iniquidad, con recordar que

no quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha a Sancho Panza del gobierno que le dieron, y más que aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto todas casi las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. (II, 56, 1185)

Ni una sola muestra de compasión, ni una sola palabra de remordimiento. Solo amagos de hipocresía y deseos de alargar hasta el límite aquella ruin diversión:

El duque abrazó a Sancho y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno, pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la duquesa asimismo y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado. (II, 55, 1183)

No deja de ser significativo que Cervantes pintase al mayordomo y a algunos otros de los criados del duque como seres humanos más proclives al pesar y a la conmisericordia ante las desgracias ajenas que sus señores. Redondeó con ello una pintura realmente feroz de la aristocracia (real o fingida) de la época, y quién sabe si, por elevación, una alegoría ácida y desengañada de cuantos ejercían el poder en la atormentada España de la época:

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. (II, 51, 1143-1144)

Ya les pesaba a los de la burla de habérsela hecho tan pesada, pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. (II, 53, 1162).

Subrayaremos, ahora, lo obvio: que el ajeteo desalmado al que los dioses sometieron a Odiseo y a sus compañeros quedó inscrito para siempre en el registro épico-trágico de la imaginación literaria; que las pruebas, con elevación y derrocamiento final, a las que don Illán sometió al deán de Santiago han quedado instaladas para siempre en el olimpo más escogido de los relatos de magia; y que las sacudidas feroces que los duques y sus criados infligieron a Sancho —y, en paralelo, a don Quijote— quedaron inscritos, en opinión al menos de una gran parte de los lectores y de los críticos, en el registro de lo cómico, burlesco o carnavalesco.

Esta última percepción no es, claro, de asunción obligatoria: ya he dicho que yo prefiero interpretar las vejaciones que en las aparatosas tramoyas que urdieron los duques sufrieron los inocentes Sancho y don Quijote como capítulos de una lidia o *antropomaquia* continuada, sádica y criminal, y clasificarlas en el registro de lo trágico y no en el de lo risible. El desprecio de las que debieran ser, para todos, leyes sagradas de la *xenia* o ritual de la hospitalidad que perpetraron los despiadados duques aragoneses se halla muy lejos de la dignidad y la grandeza con que acogieron Nausícaa, Alcínoo y los feacios al desdichado Odiseo; y peligrosamente cerca, por el contrario, de la brutalidad que hacia los huéspedes a los que agredían, vejaban y a veces mataban mostraron dignatarios bestiales como Anteo, Busiris, Procusto o Licaón y sus hijos, entre otros malhechores que perpetraron las peores injurias contra sus invitados de las que hay memoria en la mitología clásica.

La insensibilidad y la contumacia con que los duques cervantinos se empeñaron en transgredir todas y cada una de las normas de la antiquísima *xenia*, negando a Sancho hasta el alimento mientras fue el huésped de su teatrillo falaz, y las lecciones de honestidad y de dignidad que el infeliz les devolvía una y otra vez, hasta en el compartir sus rústicos alimentos con los vagabundos que encontró nada más salir de su encierro, marcan un punto álgido de la que es, en mi opinión, la clave ideológica mayor del *Quijote*: la denuncia amarga, desolada, de la *des-mitologización*, de la *des-idealización*, de la *des-moralización*, del empobrecimiento de una sociedad que había estado muchos siglos vertebrada, bien que mal, por nociones y normas de virtud y respeto —entre ellas la de la hospitalidad— que obligaban a todos y que gozaban de general prestigio; pero que había acabado por quedar a merced de unas clases rectoras ociosas y sin escrúpulos, formadas por malhechores travestidos en aristócratas que —para empezar—, fomentaban la lidia cruel —que para ellos era frívolo entretenimiento— de sus servidores más ingenuos y leales, sin importar que se tratase de personas enfermas, no instruidas, inermes ante la agresión.

Viene a cuento que insistamos aquí en que podría haber una segunda lectura — es una eventualidad cuya discusión prefiero aplazar para algún ensayo futuro— de los episodios “ducales” de la Segunda Parte del *Quijote* que está apoyada no en la —podría ser que sesgada y engañosa— información (o desinformación) proporcionada por Cervantes y por Cide Hamete, sino en documentos etnohistóricos que hablan de “Duques”, “Duquesas” y “Mayordomos” no auténticos sino fingidos por aldeanos partícipes en viejas fiestas de autoridades burlescas que fueron tradicionales en el Aragón de “siglos” pasados; si —llegado el caso— fuere aceptado, siquiera como posibilidad, que los duques y mayordomos cervantinos no fueron sino rústicos enmascarados como todos los demás oficiantes de tales burlas multitudinarias, una de las cosas que cambiarían es que los ejercicios de crueldad habrían de ser cargarlos a la cuenta de duques de pega y no de duques reales, y que las vejaciones perpetradas contra don Quijote y Sancho serían, entonces, violencias entre iguales, por más que disfrazados de desiguales.

Odiseo y Sancho en el espejo

El de los temerarios robo, sacrificio y festín a costa de las prohibidas vacas del Sol que perpetraron los hambrientos compañeros de Odiseo, a pesar de que el héroe les había advertido en contra de ello, es episodio crucial del canto XII de la *Odisea*. Los navegantes se dieron aquel festín impío aprovechando que Odiseo había subido a pedir la protección divina —para poder seguir adelante con el accidentado viaje de regreso a

casa de él y de su tripulación— en la cumbre de un monte de la Isla del Sol; es decir, de Sicilia.

De lo que Odiseo no se había percatado cuando hizo su ascensión era de que los dioses, que eran quienes andaban moviendo los hilos de todo, estaban jugando en su contra: después de atraerlo a aquellas alturas, “*en mis ojos vertieron un plácido sueño*” (XII, v. 338), se lamentaría más tarde Odiseo: acción con la que impidieron que el héroe pudiera regresar a tiempo de evitar el crimen que abajo, en el llano, estaban consumando los suyos.

La transgresión blasfema de los compañeros de Odiseo provocaría, tal y como había sido planeado desde arriba, la ira —hipócrita, puesto que ellos habían sido los instigadores— de los moradores del Olimpo; y el naufragio posterior de su nave: una catástrofe de la que tan solo Odiseo escaparía con vida, aunque muy quebrantado. Los últimos amigos que le quedaban —los devoradores impíos de las vacas del Sol— murieron, en efecto, arrebatados unos por Escila y ahogados otros en las aguas agitadas por Caribdis. Tras no pocas penalidades,

cesó el vendaval de poniente, mas *vino*
luego el soplo del austro a traerme más vivas angustias,
 pues me habría de volver a la infausta Caribdis. *Por una*
larga noche empujóme en el mar; cuando el sol asomaba
al peñasco de Escila llegué y a Caribdis terrible,
 que absorbía en aquel punto las aguas saladas. Yo entonces
 dando un salto en el aire *colguéme del gran cabrahigo;*
cual si fuera un murciélago allí me agarré, no tenía
 ni lugar de hacer pie ni podía trepar a la copa;
 las raíces quedaban bien lejos, las ramas robustas
 se elevaban muy altas cubriendo de sombra a Caribdis.
 Allí firme aguardé que la diosa arrojase de nuevo
 quilla y mástil. La espera en verdad no fue vana: *a la hora*
en que el juez se levanta en la plaza pensando en su cena
tras haber sentenciado disputas de gente sin cuento,
 arrojaba a mis ojos Caribdis los leños. *Yo al punto*
solté manos y pies y en las aguas un golpe estruendoso
vine a dar junto a aquellos mis largos maderos. Cogílos
y asentándome encima remé con los brazos y el padre
 de deidades y hombres no quiso que Escila me viese,
pues de verme no hubiese escapado a la abrupta ruina. (XII, 426-446)

Son versos paradójicos, estos del canto XII de la *Odisea* homérica, puesto que ensalzan a un héroe cruelmente zarandeado, como el ratón que se halla a merced del gato, por fuerzas adversas instigadas desde arriba: “*vino luego el soplo del austro* a traerme más vivas angustias, / pues *me habría de volver a la infausta Caribdis*. Por una / *larga noche empujóme*”. Llama la atención que no tengamos delante un Odiseo valiente, victorioso, rutilante, sino un héroe derrotado, desmoralizado, que siente terror ante un monstruo incomprensible que extermina a sus compañeros y que a él le obliga a estar, “*cual si fuera un murciélago*”, agarrado de la rama de un cabrahigo (una higuera silvestre) desde “*cuando el sol asomaba*” hasta la hora en que el juez se retira a cenar; y luego a caer dando “*un golpe estruendoso*” y a encaramarse sobre “*aquellos mis largos maderos*”, restos de su destruida nave, para, remando con los brazos, escapar del peligro intentando no ser visto: desposeído y desnudo, pero con el consuelo de haber salvado la vida.

Retengamos todos estos detalles, pero también, y ante todo, la imagen de este Odiseo que no por atemorizado, con el cuerpo en casi insoportable estado de tensión durante una jornada de muchas horas, zarandeado, caído, herido, derrotado, huido ante

un peligro que por su inconmensurabilidad e ininteligibilidad eran superiores a sus fuerzas, perdió su condición de héroe. Es caso que confirma que sí, que hay héroes, aunque eso parezca que se opone al guion más convencional, que sin dejar de serlo están autorizados para, en ciertas fases de su itinerario, sentir miedo, sufrir derrotas o huir con disimulo por entre las sombras.

Y es escena que tiene extrañas concomitancias y simetrías sorprendentes con el capítulo del *Quijote* cervantino que trata “del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza” (II, 53, 1158) y que nos habla de un juez fatigado y hambriento tras su larga y tediosa jornada: “no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados” (II, 53, 1159); coincidencia imprevista, intrigante, fascinante, y también difícil de explicar en términos de causalidad —puesto que no hubo influencia directa de una obra sobre otra— con respecto al homérico “juez [que] se levanta en la plaza pensando en su cena / tras haber sentenciado disputas de gente sin cuento”.

El tropo acuñado en los versos XX, 439-440 de la *Odisea* tiene muchas posibilidades de ser, como lo es en gran parte el lenguaje de Homero, formulaico, y por tanto tradicional, consuetudinario. No sabemos qué casos, qué fábulas, qué chistes serían contados en la antigüedad acerca de jueces hartos de sentenciar pleitos en la plaza y deseosos tan solo de ver llegar la hora de la cena; pero la breve interpolación de la *Odisea* es relevante desde el punto de vista de la historia del derecho consuetudinario y —acaso también— de la comedia y el chiste; y alienta promesas de que podemos hallarnos ante un tópico literario y cultural de larguísimo recorrido, soportado por una tradición que conecta por un flanco con inmemoriales e internacionales relatos de soberanos, jueces o policías entregados sin desmayo a sus burocracias, como los que ya hemos explorado en un capítulo de este ensayo; y, por un flanco diferente, con la figura del gobernante-juez burlesco, que ha tenido mil y una manifestaciones en el relato folclórico, en el calendario de las fiestas tradicionales —de locos y de autoridades fingidas— y en el teatro popular de muchos lugares, según han estudiado ya muchos exégetas de Sancho.

Pero retomemos una vez más el hilo del Sancho que se acuesta agotado y hambriento, tras una(s) larga(s) jornada(s) de encarnación de la soberanía y el derecho:

Estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentóse en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto, pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo cuando vio venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos a grandes voces:

—¡Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—¡Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

—¿Qué me tengo de armar —respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fui a Dios, no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor gobernador! —dijo otro—. ¿Qué relente es ese? Ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Ármenme norabuena —replicó Sancho.

Y al momento le trujeron dos paveses, que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase y animase a todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o en pie en algún postigo, que yo le guardaré o con esta lanza o con mi cuerpo.

—Ande, señor gobernador —dijo otro—, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen y las voces se aumentan y el peligro carga.

Por cuyas persuaciones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. *Quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artesas, o bien así como barca que da al través en la arena;* y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar el «¡arma!» con tan gran priesa, *pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses,* que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual, en aquella estrechez recogido, sudaba y trasudaba y de todo corazón se encomendaba a Dios que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos y a grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen! ¡Vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo! ¡Trinchéense las calles con colchones!

En fin, él nombraba con todo ahínco todas las baratijas e instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad, y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: “¡Oh, si Nuestro Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia!”. Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían:

—¡Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida! ¡Ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga a gozar del vencimiento y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor dese invencible brazo! (II, 53, 1159-1160)

No le tocó a Sancho, a la vista está, celebrar ni descansar demasiado tras aquella(s) jornada(s) de juicios ni de pleitos agotadores, igual que no le había tocado a Odiseo hacer celebraciones ni descansar tras los acontecimientos de la Isla del Sol.

A poco de acostarse, sin haber tenido tiempo de reponer fuerzas, fue asaltado Sancho, según lo que acabamos de leer, por el temor provocado por otro estruendo incomprensible, que en vez de dejarlo suspenso en el aire como a Odiseo lo derrocó por el suelo; no durante un día entero, sino durante una noche que a él se le hizo interminable; no al modo del murciélago, que es quintaesencia de animal aéreo, sino al modo del galápago, que es emblema de animal rastrero; no colgado de una rama en lo alto y subido después sobre unos maderos flotantes, sino aplastado en el suelo, entre unos paveses (escudos) de tablas opresoras con que otros le habían emparedado y sobre los que le pisotearon sin misericordia; todo ello mientras se hallaba rodeado y burlado por sus presuntos súbditos, en contraposición con el Odiseo que había perdido, tras ser burlado por ellos —puesto que habían robado a escondidas de él las vacas del Sol—, a todos los suyos. Cuántas insólitas simetrías.

Y cuántas insólitas analogías: despojado de todo salió Sancho de su ínsula Barataria —recordemos: “desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas”—; igual que despojado de todo, desnudo por completo, salió Odiseo de su peripecia siciliana. Hasta el extremo de que, en el inicio del canto siguiente, tras la narración de su desgracia a Alcínoo y a su corte, su anfitrión le hizo un regalo principal destinado a cubrir su desnudez: “ya las ropas / para el huésped guardadas están en el arca pulida / con el oro de fina labor y los otros presentes” (XIII, 9-11).

Una concomitancia más, y no banal: el desenlace de la aventura de Sancho se había precipitado “estando la séptima noche de los días de su gobierno”; en tanto que en la *Odisea* homérica la desgracia se había desencadenado también al séptimo día. El siete puede y suele ser, claro, número mágico; y también, como seguramente acontece en nuestros dos relatos, número consuetudinario, folclórico, formulaico:

*Seis jornadas pasaron mis hombres gozando el banquete
del más rico ganado del Sol, atrapado en su acoso;
y, al mandarnos el hijo de Crono su séptimo día,
de improviso aquel viento furioso cesó y al momento
embarcamos. (XII, 397-400)*

El hambre de Euríloco y el no de Odiseo; el hambre de don Illán y el no del deán; el hambre de Sancho y el no del médico

Las analogías y las simetrías, y también las discrepancias y las oposiciones que se aprecian entre la escena del derrocamiento del héroe en el canto XII de la *Odisea* y la escena del derrocamiento del gobernador en el capítulo II, 53 del *Quijote* son para dejar perplejos a cualquiera. Más aún si volvemos la mirada a los prolegómenos de ambas, y nos fijamos en el papel que el hambre y las prohibiciones de aliviarlo comiendo alimentos *tabuados* desempeñaron en ambas fábulas.

En el poema de Homero es Odiseo el que hace todo lo que puede, en los días previos al aniquilamiento, por impedir que sus hambrientos compañeros consumieran alimentos que sabía que resultarían fatales para ellos:

Y yo entonces reuniendo a mis hombres hablé de este modo:
“Pues nos queda en la nave, ¡oh amigos!, comida y bebida”,
no toquemos las vacas, no venga algún daño, pues ellas
y las recias ovejas también son de un dios poderoso,
del dios Sol, el que todo lo mira, el que todo lo escucha”.
Tal les dije y quedó convencido su espíritu prócer:
todo un mes nos estuvo soplando aquel austro, que a veces
declinaba a solano sin dar nunca paso a otros vientos.
Mis amigos, en tanto hubo pan y duró el rojo vino,
aplacaban el hambre y la sed sin tocar a las vacas;
mas, gastado por fin cuanto había en el bajel, la penuria
los forzaba a cazar errabundos y fue su alimento
no otra cosa que peces o aves por caso atrapados
con los corvos anzuelos: *el hambre roía sus entrañas. (XII, 319-332)*

Las advertencias de Odiseo cayeron en saco roto. Mientras él se demoraba en el monte en el que pretendía pedir el favor de unos dioses que habían diseñado aquella maniobra de distracción —su ascenso— porque estaban conspirando para apartarlo de los suyos y para que todo saliese al revés de como deseaba el héroe, los compañeros de Odiseo, liderados por el impaciente Euríloco, se empeñaban en labrar su ruina:

Euríloco en tanto inició funestísima traza:
 “Escuchadme, ¡oh amigos!, por muchos que sean vuestros males; cualquier muerte es odiosa a los pobres humanos, *mas nada tan horrible, en verdad, como hallar nuestro fin por el hambre*”. (XII, 339-343)

Tal Euríloco habló y asintieron los otros amigos;
 en acoso veloz *apresaron sin más las mejores de las reses del Sol*, que bien cerca del barco azulado campeaban las vacas frontudas, rollizas, hermosas. Rodeándolas ellos hicieron su voto a los dioses y cortaron las hojas recientes de encina frondosa, que en la nave de buena cubierta faltaba la harina. Tras orar degollaron las vacas. *Después del desuello separaron los muslos, cubriéndolos luego de grasa a ambos lados, pusieron encima unos trozos aún crudos de las carnes; libaron con agua, privados de vino que emplear en el rito, y asaron las vísceras todas. Abrasados los muslos, mi gente gustó las entrañas, en pedazos cortó lo demás, lo espetó en asadores*. (XII, 352-365)

La negativa del deán de Santiago, metamorfoseado efímeramente en papa de Roma, a dar alimento (“espedióse d’él, et solamente *nol’ quiso dar el papa qué comiese por el camino*”) al decepcionado don Illán, quien se las arreglará, en cualquier caso, para darse enseguida un opíparo festín no de vaca pero sí de perdices, se acoge a un mecanismo de acciones y reacciones diferente, puesto que diferentes eran los rasgos morales que adornaban a quien prohibía o no daba y a quien le era prohibido o no dado el alimento. En la *Odisea* es el bienintencionado Odiseo quien prohíbe o dificulta, mientras que en el cuento de don Juan Manuel y en el relato cervantino los prohibidores o no donadores son el malintencionado deán-papa y el malintencionado médico Juan Recio. Las hambres, las jerarquías, los mandatos y las transgresiones son los ejes en torno a los que giran las tres fábulas, pero basculan conforme a los giros que dan las personalidades bondadosas o malévolas que en ellas se enfrentan.

Hay matices, sobre todo en el complejo y paradójico caso del hambriento Sancho, porque Sancho estaba condenado al fracaso en Barataria, mientras que Odiseo y don Illán estaban destinados, tras pasar por el trámite de sus hambres respectivas, al triunfo. El hambre o medio hambre de Sancho fue, por lo demás, la más y mejor historizada hambre de todas:

Cesó la música, sentóse Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babador randado a Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante, pero *apenas hubo comido un bocado, cuando, el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad*; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba a probarle Sancho, pero, antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzólole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maeseccoral. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a *quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasidamente húmeda, y el plato*

del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

—Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. (II, 47, 1096-1097)

El muy escueto festín que al final pudo permitirse Sancho, tras algún impertinente pleito más que se atravesó en su jornada y tras unas cuantas amenazas que se vio obligado a proferir contra su desquiciante médico, fue de “un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días”. Manjares vacunos que no podían sostener la comparación, claro, con la casi olímpica categoría de las vacas inmortales (“no tienen nacencia esas reses / ni fenecen jamás”, XII, 130-131) de la Isla del dios Sol que se empeñaron en devorar, contra viento, marea y prohibiciones, los compañeros de Odiseo. Pero vacas todas al fin y al cabo —las magras españolas y las sicilianas divinas—, que ahondan en la complicidad enigmática de las hambres y de los hambrientos de Homero y de Cervantes.

El guion narrativo de Odiseo, Moisés, Yavé, Barba Azul, y la salida de tono de Sancho

Las carnes de vaca que tan bien supieron a los compañeros de Odiseo por un lado y a Sancho por el otro podrían no parecer tan bien ni tan justificadas a los filólogos amantes de las contigüidades, las líneas rectas y las comparaciones más nítidas. Y el problema podría andar no solo en las vacas: también podrían suscitar incomprensiones y escepticismos otros de los sujetos, circunstancias y realidades que han sido movilizados, a efectos de desentrañamiento de sus eventuales relaciones, en estas páginas. La desigualdad de los planos temporales, espaciales, de posición en el seno de la trama, de colocación en el juego de acciones y reacciones, de materiales, texturas y cualidades contrastados, de envoltorios de género literario, podrían ser interpretados por no pocos devotos de los métodos de manual como obstáculos o incompatibilidades con el ritual de la comparación o de la puesta en relación.

Pero puede que la opinión de otros críticos sea justamente la contraria, y que esas vacas les parezcan vacas admisibles, excelentemente compenetradas, a las que no se puede ni se debe desalojar del análisis ni de la comparación, por la sencilla razón de que sus carnes no fueron carnes cualesquiera, sino manjares preparados en la cocina de ciertos hambrientos que las devoraron después de que alguien que relajó la vigilancia que ejercía sobre ellos les dijese que tendrían problemas si se las comían; y porque esa trama del hambre que burla vigilancias y prohibiciones la sabemos positivamente conectada con tramas aledañas de cuyo embrollo no hemos salido todavía y que siguen llamando, para complicar todavía más las cosas, a tramas confluyentes.

Constatémoslo: si por un flanco el nudo de prohibiciones, vigilancias y transgresiones protagonizada por Odiseo en la isla del Sol muestra concomitancias que no pasan desapercibidas con respecto al nudo de prohibiciones, vigilancias y transgresiones de Sancho en Barataria, hay otro flanco, el del episodio en que Odiseo sube al monte para suplicar a los dioses —en tanto que los suyos, instigados por Euríloco, aprovechan, al quedar en el llano sin vigilancia de su jefe, para perpetrar actos que les habían sido prohibidos contra las vacas del Sol—, que tiene semejanzas que tampoco pueden pasar inadvertidas con el episodio bíblico de la ascensión de Moisés al Sinaí, en tanto su pueblo, que se quedó igualmente sin vigilancia y en el llano,

construyó y adoró, instigado por Aarón, al Becerro de Oro; eso conforme a lo narrado en *Éxodo* 32.

La analogía entre el desobediente Euríloco que insta a obrar mal con las vacas y el desobediente Aarón que insta a obrar mal con el becerro es, por cierto, de las más insólitas y fascinantes que pueden aflorar en el campo abierto de los mitos.

Las coincidencias entre el episodio de la epopeya homérica y el relato bíblico llegan a su punto álgido cuando Odiseo sube a rogar, en lo alto del monte, que los dioses permitan el regreso de su expedición a la Ítaca anhelada desde hacía veinte años, en tanto que Moisés ruega a Yavé, en la cumbre del Sinaí, que no extermine a su pueblo y que permita la reintegración de todos a su añorada Tierra Prometida, al cabo de cuarenta años de ausencia. Más aún: cuando baja de su monte, Odiseo es puesto sobre aviso del pecado que en su ausencia habían cometido sus hombres al percibir desde lejos el aroma de la festiva cocina de las vacas del Sol; mientras que, cuando baja de su monte, Moisés es puesto sobre aviso de la impiedad de los suyos al escuchar desde lejos sus cánticos de festejo e idolatría del becerro.

De este modo fue narrado el retorno de Odiseo al llano:

Entretanto se fue de mis ojos el sueño profundo
y emprendí mi regreso hacia el mar y la rápida nave.
Me encontraba ya cerca del combo bajel y *envolviómeme*
el vapor seductor de la grasa. Rompiendo en sollozos
de este modo gritando clamaba a los dioses eternos:
“¡Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales!
Para mal me dormisteis en sueño cruel: mis amigos
se quedaron aquí y han tramado una hazaña perversa. (XII, 366-373)

Y de este modo evocó el relato bíblico el retorno al llano de Moisés (*Éxodo* 32, 11 y 15-19). La comparación es iluminadora:

Moisés, entonces, suplicó a Yavé, su Dios, diciendo: “¿Por qué, oh Yavé, se ha de encender tu furor contra tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto con gran fuerza y con mano poderosa? [...]

Volviose Moisés y descendió de la montaña con las dos tablas de la ley en sus manos, escritas por los dos lados, en sus dos caras. Las tablas eran obra de Yavé, y la escritura, escritura de Yavé grabada en las tablas. *Oyó Josué el fuerte griterío del pueblo y dijo a Moisés: “Grito de guerra hay en el campamento”. Moisés respondió: “No es griterío de victoria ni griterío de derrota; es griterío de canto”*. Cuando se fue aproximando al campamento, advirtió el becerro y las danzas. Entonces, inflamado en cólera, arrojó las tablas y las rompió al pie de la montaña.⁴⁹

El patrón narrativo sobre el que parecen estar diseñadas las grandes líneas de los relatos del Odiseo que dejó sin vigilancia a los suyos en el llano de la Isla del Sol y del Moisés que dejó sin vigilancia a los suyos en el llano del Sinaí no deja de recordar la estructura argumental del mito bíblico de Adán y Eva (*Génesis*, 2-3): más en concreto, el episodio en que Yavé deja sin vigilancia (o eso es lo que les da a entender) en el Edén —atención, porque es voz hebrea que remite a ‘llano’ o ‘planicie’— al hombre y a la mujer recién creados; o la de los cuentos y los relatos folclóricos que, hasta el día de hoy, se adscriben al tipo narrativo conocido como *Blue Beard* (*Barba Azul*), que tiene el número ATU 312 en el catálogo de cuentos internacionales de Uther (2004), y que está protagonizado por un señor poderoso que finge que deja sin vigilancia, en la casa a la que ha sido invitada, a una mujer: es cuento que conoce, por cierto, proyecciones y ramificaciones pluriculturales complejísimas, en las que no nos es posible entrar ahora.

⁴⁹ *La Santa Biblia* (1988, 107).

También el relato del deán de Santiago —quien no sabe, cada vez que peca de soberbio y avaricioso y que rompe las normas del buen retribuir y del buen alimentar, que está siendo vigilado y controlado muy de cerca por don Illán— sería miembro acreditado de esa abigarrada parentela narrativa de vigilantes y vigilados.

Lo que más me interesa subrayar ahora es que en todas estas fábulas se da el dominio de unos señores demiúrgicos, carismáticos, poderosos que se apartan de manera transitoria de sus criaturas o súbditos, después de advertirles contra la transgresión de determinado tabú —el robo y consumo de las vacas del Sol; la construcción y adoración de un ídolo; el robo y consumo del fruto del árbol de la ciencia; la apertura de determinada puerta; el no otorgamiento de retribuciones—; y que en los desenlaces de todas ellas los sujetos que quedaron sin vigilancia —o que no sabían que estaban siendo vigilados— acabaron transgrediendo el tabú, cayendo en el pecado y recibiendo el castigo que sus superiores dispusieron: la muerte en el caso de los compañeros de Odiseo; durísimas reconvenciones en el caso de los judíos —Moisés consiguió, tras mucho porfiar, que Yavé no aplicase la pena de exterminio que tenía decidida contra su pueblo—; la expulsión del paraíso en el caso de Adán y Eva; el cautiverio o la muerte, según las versiones que se tomen como referencia del cuento de *Barba Azul*; el desencantamiento, la degradación y la expulsión en el caso del deán de Santiago. La única interpretación que cabe de este conjunto de alegóricos pecados y castigos desborda, bien se ve, el vaso del puro pesimismo y obliga a la conclusión de que los hombres no pueden ser sino brutos malvados, faltos de principios y de ética, para los demás hombres.

Pues bien: aquí es donde vuelve a irrumpir, a encajar (o quizás, en el sentido más admirable, a romper, a des-encajar, a des-entonar, a introducir una honrosa salvedad y a sacarnos por un tiempo efímero de ese apocalipsis nihilista) la oronda figura de Sancho, quien regresa para informarnos de que el guion de sus andanzas en Barataria no es ajeno, ni mucho menos, a este atávico patrón argumental, por más que su novela ofrezca una solución radicalmente distinta y se salga, con toda la intención, de lo convencional y acuñado: el comportamiento de Sancho mientras estaba siendo vigilado en Barataria sin saberlo fue, en efecto, sabio, prudente, medido, honesto, digno de todo elogio y homenaje. En las antípodas del que observaron los griegos de Odiseo, los hebreos de Moisés, las primeras criaturas de Yavé, las mujeres de Barba Azul o el deán de Santiago.

El rústico escudero-labrador resistió la tentación, pasó hambre, no se apoderó de lo vedado y terminó jactándose —ya lo hemos visto— de que salía de su gobierno ayuno de cualquier consumo de más y de cualquier prevaricación. Es más: aunque algún alimento pudo ir arrancando en la semana larga que duró su gobierno del estricto plan de dieta de su malhadado médico, la estancia de Sancho en Barataria estuvo marcada por el signo de lo penitencial.

Esta salida de tono radical de Sancho con respecto a los oficiantes de los demás relatos que hemos convocado, esta ruptura de moldes y previsiones que dejó sorprendidos y admirados no solo a sus insulanos, a los duques, a don Quijote, sino también a todos nosotros —lectores y críticos—, lejos de desaconsejar, desactivar o invalidar la comparecencia de Sancho en el carrusel de las comparaciones, la hace mucho más necesaria. Entre otras cosas porque nos confirma que la comparación más intrínsecamente literaria no tiene por qué ser la que conecte mediante una cómoda línea recta dos discursos más o menos contiguos y equiparables; puede muy bien ser la que ligue unidades que no compartan tiempos, espacios, géneros literarios o categorías ontológicas, si a cambio de eso ofrece analogías en las tramas, en las ideas, en las

emociones, en los procedimientos de acción y reacción. El *Quijote* es una lección magistral y sin decaimientos de todas esas fecundas y pedagógicas complicaciones.

Los múltiples dispositivos de vigilancia y control que —teledirigidos por los duques— asedian a Sancho mientras hace de gobernador se hallan descritos y argumentados con muchos más detalles y prolijidad en la novela de Cervantes que los de los relatos del espionaje que montaron los dioses en torno a Odiseo y los suyos, Yavé en torno a Moisés y su pueblo por un lado y en torno a Adán y Eva por el otro, Barba Azul en torno a las mujeres y don Illán en torno al deán de Santiago.

Desde antes incluso de partir hacia su destino de gobernador, Sancho se ve metido en una telaraña dispuesta en múltiples niveles: de consejos, advertencias y prevenciones dictados por don Quijote; de espionajes clandestinos de los fingidos insulanos, los cuales no dejan de trasladar lo que ven y oyen, oralmente y por escrito, a los duques; y de cartas intercambiadas con don Quijote, los duques y Teresa Panza en que el gobernador da cuenta, a solicitud de sus corresponsales, de sus andanzas. De modo que Sancho es a medias conocedor, receptor y hasta emisor, y a medias desconocedor e ignorante de los intensos flujos de informaciones que él mismo genera. Ninguna de esas sofisticaciones hay en los relatos de Odiseo, Moisés, Yavé, Barba Azul o don Illán, de trazos mucho más escuetos.

Entre las no pocas señales del marcaje estrecho al que desde instancias diversas y con alambicamientos varios estuvo sometido Sancho en Barataria vale la pena destacar los párrafos de la *Carta de don Quijote de La Mancha a Sancho Panza, gobernador de la Ínsula Barataria* que desvelan confidentes y confidencias —orales— y que piden a Sancho que sea él mismo quien proporcione informaciones adicionales —escritas— a los duques: una diversión tan hilarante para los duques como a decir verdad redundante, puesto que ellos estaban ya, gracias a su activa red de espías, al tanto de todo:

Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas. (II, 51, 1144)

Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe. (II, 51, 1146)

En su respuesta, aunque demorada, Sancho se plegará con docilidad a la solicitud de información acerca de sí mismo:

Vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados. (II, 51, 1146)

Es detalle crucial que, en su inmejorable discurso de despedida, Sancho dé muestras de saber que ha estado sometido a vigilancia permanente y de admitir que él no tiene la posibilidad de controlar la información ni las imágenes de sí que hayan surgido de aquellos sucesos:

Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. (II, 55, 1182-1183)

Puede que los párrafos más explícitos, reveladores y crudos sean aquellos que desenmascaran la nocturnidad, la alevosía y la reincidencia de quien pudo ser espía destacado aunque no único, por escrito y de viva voz, de los actos de Sancho:

Y el mayordomo ocupó lo que della [de la noche] faltaba en escribir a sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones, con asomos discretos y tontos. (II, 51, 1141)

Aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto todas casi las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. (II, 56, 1185)

Si insistiésemos en los inventarios y en la fenomenología de los vigilantes y de los vigilados podríamos constatar que la radical salida de tono —en defensa de su libertad personal y de la aspiración de traer el bien y la justicia a su comunidad— de Sancho no es, en realidad, una excepción en los anales de la literatura ni de la cultura: después —pero solo después— llegarían desde la lucha conmovedora por no ser títere ni experimento de nadie del Segismundo de *La vida es sueño* de Calderón hasta el Truman Burbank que en la película *The Truman Show* (1998) de Peter Weir consigue, tras muchos apuros, encontrar la puerta de salida del programa de telerrealidad en que había nacido y vivido. Héroes de inquietudes y trayectorias tan excepcionales son pruebas de que algunas raras fábulas sí dejan abiertas vías de escape, y de que puede ocasionalmente haber alguna pequeña luz al final del túnel; una amable ilusión que debemos en alguna medida al sacrificio precursor de Sancho.

Hay una frase de Juvenal, *Quis custodiet ipsos custodes* (*Satira VI*, 347-348), que se puede traducir, de manera literal, como “¿Quién guarda a los propios guardas?”, pero que ha sido reciclada muchas veces, en su tránsito a la cultura popular —es fórmula acuñada en grafitis que nos miran desde muchas paredes y nos habla también desde cómics, novelas gráficas, músicas, películas— como *Who watches the watchers?*, o *Who watches the watchmen?*, “¿quién mira a los que miran?” y “¿quién vigila a los vigilantes?”. Es digna de aquella otra frase, “*dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia* (II, 50, 1130), inquietante porque el *escudriñar* es simbiosis del *mirar* y del *vigilar*, y porque tanta perturbación y tantas sospechas ha levantado acerca de si no seremos nosotros —más aún que don Quijote y Sancho— *los vigilados y los escudriñados* en el prodigioso teatro de las apariencias de Cervantes y Cide Hamete.

Nada mejor que echar el cierre, aunque sea solo provisional, con estas frases que, por quedar fuera por completo de nuestra capacidad de discernimiento, son también cifras de impotencias, desconciertos y pesimismo; y privilegios, por eso, de estar vivos y de ser humanos. Lo que —bueno o malo— todo esto venga a significar quiere ser ofrenda modesta a los ingeniosos Cide Hamete y Miguel de Cervantes, por legarnos el bien del des-engaño y por darnos la opción de dudar de si somos los de aquí quienes los escudriñamos a ellos o de si son ellos los que nos escudriñan a nosotros, desde allá: esa perplejidad nos permite contemplar de otra manera lo eterno. Todo este ensayo desea ser, en fin, un homenaje a Sancho Panza, el héroe trágico que nos mostró que entre la guerra al otro y el circo de la iniquidad puede haber la ilusión, aunque efímera y sustentada en la determinación moral de la persona, del bien y la justicia.

Obras citadas

- Álvarez Cárcamo, David. “Fiestas invernales de mozos. Rondas del Reinado y de Navidad: repertorio literario. El caso de *El vestido* y su presencia en Soria y otras provincias”. En *La palabra vestida*. Soria: Diputación, 2015. 223-238.
- Altaba Escorihuela, José. *Cantavieja y su baylía*. Madrid: Imprenta Armengot, 1987.
- Amades, Joan. *Costumari Catalá: El curs de l'any 1*. Barcelona: Salvat, 1982, [1952].
- Arnaudas Larrodé, Miguel. *Colección de Cantos populares de la Provincia de Teruel*. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1981 [1927].
- Arroyo San Teófilo, Susana. *Las rondas profanas de Navidad y El Reinado en la provincia de Soria. Identidad cultural, perfiles de género y gestión del patrimonio cultural a través del estudio y análisis etnomusicológico*. Tesis doctoral. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2018.
- Bajén García, Luis Miguel, y Mario Gros Herrero. *Archivo de la tradición oral 1 Cinco Villas*. Zaragoza: Diputación Provincial, 1994.
- Bajtín, Mijail M. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Trads. Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza, 1987.
- Barrionuevo, Jerónimo de. *Avisos*, 4 vols. Ed. Antonio Paz y Meliá. Madrid: Imprenta de M. Tello, 1892-1893.
- Bodies Out of Bounds: Fatness and Transgression*. Eds. Jane Evans Braziel y Kathleen LeBesco. Los Angeles-Berkeley: University of California Press, 2001.
- Camps Cazorla, Emilio. “Bailes y juegos populares de Teruel en el siglo XVIII”. *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria: Actas y Memorias* 6 (1927): 135-140.
- Canetti, Elias. *Masse und Macht*. Hamburgo: Claassen, 1960.
- Canetti, Elias. *Masa y poder*. Ed. Juan José del Solar. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2002.
- Caro Baroja, Julio. *El Carnaval. Análisis histórico-cultural*. Madrid: Taurus, 1979.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1998.
- Coveney, John. *Food, Morals And Meaning: The Pleasure And Anxiety Of Eating*. Nueva York: Routledge, 2000.
- Cultures of the Abdomen: Diet, Digestion, and Fat in the Modern World*. Eds. Christopher E. Forth y Ana Carden-Coyne. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.
- Être à table au Moyen Âge*. Ed. Nelly Labère. Madrid: Casa de Velázquez, 2010.
- Fischler, Claude. *L'Homnivore: le goût, la cuisine et le corps*. París: Odile Jacob, 1990.
- Forth, Christopher E. *Fat: A Cultural History of the Stuff of Life*. Londres: Reaktion Books, 2019.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir: naissance de la prison*. París: Gallimard, 1975.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Madrid: Siglo XXI, 1976.
- García Herrero, M.^a Carmen. *Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2018.
- Guevara, Fray Antonio de. *Reloj de príncipes*. Ed. Emilio Blanco [*Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, tomo II]. Madrid: Turner, 1994. Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español.
- Hill, Susan E. *Eating to Excess: The Meaning of Gluttony and the Fat Body in the Ancient World*. Santa Barbara, Ca: Praeger, 2011.

- Homero, *Odisea*. Trad. José Manuel Pabón. Madrid: Gredos, 1993.
- Ibor Monesma, Carolina, y Diego Escolano Gracia. *El Maestrazgo turolense. Música y literatura populares en la primera mitad del s. XX*, Libro y disco III. Zaragoza: Rolde de Estudios Aragoneses y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.
- Ibor Monesma, Carolina. “El *Reinao* en Miravete de la Sierra y otros bailes de mayores”. En *El Reinao de Miravete de la Sierra (Teruel) 1999-2019*. Teruel: Asociación Cultural de Miravete de la Sierra, 2019. 10-27.
- Jiménez Patón, Bartolomé. *Elocuencia española en arte*. Ed. Francisco J. Martín. Barcelona: Puvill, 1993.
- La Santa Biblia*. Madrid: Ediciones Paulinas, 19 ed. 1988.
- Lacarra, M.^a Jesús. *Cuento y novela corta en España I Edad Media*. Barcelona: Crítica, 1999.
- Latorre Ciria, José Manuel. “Rigorismo moral y defensa de la jurisdicción eclesiástica por Francisco Pérez de Prado, obispo e inquisidor general”. En *Religión y poder en la Edad Moderna*. Coords. Antonio Luis Cortés Peña, José Luis Beltrán Moya y Eliseo Serrano Martín. Granada: Universidad, 2005. 353-379.
- Levine, Evan I. “The Peasant’s Banquet: Gluttony on the Move in the Greek Poetic Consciousness”. *Eisodos: Zeitschrift für Antike Literatur und Theorie* 1 (2015): 9-21.
- Márquez, Fray Juan. *El gobernador cristiano*. Eds. Carmen Isasi, Javier López de Goicoechea, Íker Martínez y Santiago Pérez Isasi. Bilbao: Universidad de Deusto, 2004. Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español.
- Mateo Royo, José Antonio. “Agrupaciones de la juventud y conmemoraciones festivas: el Real de Anento (1583)”. *El Ruejo. Revista de Estudios Históricos y Sociales* 2 (1996): 131-144.
- Monferrer i Monfort, Àlvar. *Les Festes de folls*. Valencia: Generalitat Valenciana, 1996.
- Navarro Espinach, Germán. *Cuentas del Concejo de Mirambel (1472-1489)*. Zaragoza: Universidad, 2008.
- Neruda, Pablo. *Canto general*. En *Obras completas*. Ed. Hernán Loyola, 5 vols. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999-2002. I.
- Osuna, Francisco de. *Quinta parte del Abecedario espiritual*. Ed. Mariano Quirós García. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2002.
- Pedrosa, José Manuel. “La lógica de lo heroico: mito, épica, cuento, cine, deporte... (modelos narratológicos y teorías de la cultura)”. *Los mitos, los héroes*. Urueña: Centro Etnográfico de Castilla y León, 2003. 37-63.
- Pérez García-Oliver, Lucía. *Pasión por lo cotidiano. La maestra turolense Máxima Oliver Roy en la fundación del Museo Etnológico Nacional*. Huesca: Museo Pedagógico de Aragón, 2009.
- Quevedo y Villegas, Francisco de. *Entremés de los enfadosos. Reprehensión cómica que llaman entremés*. Ed. José Manuel Bleca. Madrid: Castalia, 1981.
- Sábato, Ernesto. *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid: Alianza, reed. 2002.
- Sánchez Sanz, M.^a Elisa. “El ciclo festivo en la provincia de Teruel”. *Kalathos* 1 (1981): 113-132.
- Sanchis Francés, Raül. *La dansa metafòrica en la festa valenciana*, 2 vols. Tesis doctoral dirigida por Francesc Massip. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 2019.
- Schwartz, Hillel. *Never Satisfied: A Cultural History of Diets, Fantasies and Fat*. Nueva York: Free Press of Macmillan, 1986.
- Sloterdijk, Peter. *Regeln für den Menschenpark. Ein Antwortschreiben zu Heideggers*

- Brief über den Humanismus*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1999.
- Sloterdijk, Peter. *Normas para el parque humano*. Trad. Teresa Rocha Barco Madrid: Siruela, 2000.
- Sloterdijk, Peter. *Im Weltinnenraum des Kapitals. Zu einer philosophischen Geschichte der terrestrischen Globalisierung*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2005.
- Sloterdijk, Peter. *En el mundo interior del capital: para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela, 2007.
- Tolstoi, León. *La muerte de Ivan Ilich. Hadyi Murad*. Ed. Juan López Morillas. Madrid: Alianza, reed. 2001.
- The Emergence of Impartiality*. Eds. Kathryn Murphy y Anita Traninger. Leiden: Brill, 2014.
- Trop gros? L'obésité et ses représentations*. Ed. Julia Csergo. París: Autrement Éditions, 2009.
- Uther, Hans-Jörg. *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004.
- Vigarello, Georges. *Les métamorphoses du gras: histoire de l'obésité du Moyen Âge au XX^e siècle*. París: Éditions du Seuil, 2010.
- Villegas, Alonso de. *Fructus sanctorum y quinta parte del Flossanctorum*. Ed. Josep Lluís Canet Vallés. Valencia: LEMIR, 1988. Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español.